

17

TOD

BA

17

BA

TOLSTOY

LA
SCLAVITU
MODERNA

PG3367

.S5

E8

1905

16372



1020025754



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

326
A.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

LA ESCLAVITUD MODERNA

Núm. Clas. 309.1
Núm. Autor T654e
Núm. Adg. 20886
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasificó _____
Catálogo _____

OBRAS DE LEÓN TOLSTOY

de venta en esta Casa Editorial

<i>La sonata á Kreutzer.</i>	1 tomo
<i>El matrimonio.</i>	1 »
<i>Amo y criado.</i>	1 »
<i>Resurrección.</i>	2 »
<i>Los Cosacos.—Imitaciones.</i>	1 »
<i>La verdadera vida.</i>	1 »
<i>Amor y Libertad.</i>	1 »
<i>Ana Karenine.</i>	1 »
<i>Placeres viciosos.</i>	1 »
<i>¿Qué es el Arte?</i>	1 »
<i>La Guerra y la Paz.</i>	3 »
<i>Polikuchka.</i>	1 »
<i>Iván el Imbécil.</i>	1 »
<i>La salvación está en vosotros.</i>	1 »
<i>Placeres crueles.</i>	1 »
<i>Mi confesión.</i>	1 »
<i>Novelas cortas.</i>	1 »
<i>El poder de las tinieblas.</i>	1 »
<i>Lo que debe hacerse.</i>	1 »

CONDE LEÓN TOLSTOY

La Esclavitud Moderna

TRADUCCIÓN DE

AUGUSTO RIERA

— 2 —
SEGUNDA EDICIÓN
— 3 —

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI

Calle de Mallorca, 166 y 168.

1905

100715

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
SAN ANTONIO, NUEVO LEÓN, MÉXICO

20886

PG 336.7

.SS

E8

1905



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

Tipografía de la Casa Editorial Maucci.—Barcelona.

Sabéis que ha sido dicho: ojo por ojo y diente por diente (MATH. v, 38 y EXODO, XXI, 24).

Y yo os digo que no resistáis al mal que os quieran hacer: si alguien os ha pegado en la mejilla derecha, presentadle la otra (39).

Si alguien quiere pleitear contra vosotros para quitaros la túnica, despojaos también de vuestro manto (40).

Y si alguien quiere obligaros á dar mil pasos con él, dad dos mil más (41).

Dad á todos los que os pidan y no exijáis jamás vuestros bienes á quien os los usurpe (LUC. VI, 30).

Tratad á los hombres como quisierais que os trataran á vosotros (31).

Los que creían estaban juntos y poseían en común todos los objetos (ACTA DE LOS APÓSTOLES, II, 44).

Pero Jesús les contestó: por la noche decís: Hará buen tiempo porque el cielo está enrojecido.

Por la mañana decís: Hoy habrá tempestad porque el cielo está sombrío y rojizo.

Sabéis, pues, reconocer lo que presagian las diversas apariencias del cielo y no sabéis discernir los signos del tiempo que Dios ha marcado (MATH. XXVI, 2, 3, 4).

Los que tomarán la espada, por la espada perecerán (MATH. XXVI, 52).

INTRODUCCION

Hace poco menos de quince años, el censo de la población de Moscou hizo nacer en mí toda una serie de pensamientos y de sentimientos que expresé entonces lo mejor que supe, en un libro titulado: *¿Qué vamos á hacer?* Al empezar el año emprendí un nuevo examen de los asuntos contenidos en esa obra. Llegué á las mismas conclusiones. Pero como este espacio de quince años me ha dado facilidad para adquirir acerca del asunto un conocimiento más profundo, y me ha permitido familiarizarme con las doctrinas contemporáneas que con él se relacionan,

presento hoy á los lectores nuevos argumentos que me parecen reforzar mis antiguas conclusiones. Si me decido á imprimirlas, es que á mi juicio pueden interesar á los hombres que sinceramente se ocupan en tener plena conciencia de su condición social y de las obligaciones morales que de ella derivan.

La idea fundamental de aquel artículo será la de mi libro—la condenación de la violencia. He encontrado en el Evangelio á un tiempo la fórmula y el esclarecimiento que era necesario, pues está expresada en términos de una precisión admirable. «Habéis oído que se dijo: ojo por ojo y diente por diente,» es decir, os han enseñado á usar la violencia contra la violencia. «Pero yo os digo: si alguien te pega en la mejilla derecha, preséntale la otra,» es decir, sufrid la violencia pero no la uséis jamás. Sé que estas sublimes palabras, igualmente desnaturalizadas por los comentarios caprichosos de liberales y sacerdotes, harán nacer en la mayoría de las gentes que se creen instruídas tales prevenciones contra el libro al que sirven

de epígrafe que, sin duda, no lo leerán. Sin embargo, las inscribo á la cabeza de estas páginas.

No puedo impedir que los hombres que se creen inteligentes, vean en la enseñanza evangélica una doctrina anticuada y hártamente manoseada para servirles de regla de conducta en la vida. Mi tarea se limita á declarar el manantial de donde recogí el conocimiento de una verdad que la humanidad está lejos de advertir todavía. Y cumplo mi tarea.

Un factor del camino de hierro Moscú-Kazan, destinado á pesar las mercancías en una estación de esa línea, me dijo un día que tuvimos una larga conversación, que los mozos que cuidaban de poner los bultos en la báscula, trabajaban treinta y seis horas seguidas sin descansar.

Tenía completa confianza en mi interlocutor, pero costábame dar fe á sus afirmaciones. Creí que se engañaba ó exageraba, ó que no comprendía yo el sentido exacto de sus palabras.

Pero los detalles que me dió después acerca del modo de trabajar de aquellos

desgraciados, no me permitieron ya dudar. Me aseguró que en el personal del camino de hierro Moscou-Kazan, había doscientos cincuenta obreros sometidos á tan terrible faena. Forman grupos de cinco hombres y se les paga á razón de 1 rublo, ó de 1 rublo 15 kopecks por mil puds de mercancías cargadas ó descargadas.

Llegan por la mañana, trabajan en la descarga todo el día y la noche siguiente, y luego, al salir el sol, van al muelle de carga, y trabajan allí hasta la noche. Así, en el espacio de cuarenta y ocho horas, únicamente disponen de una noche para dormir.

Su trabajo consiste en remover bultos que pesan de 7 á 10 puds cada uno. Dos hombres del grupo cargan los fardos sobre la espalda de los otros tres, que los transportan... Cumpliendo tal trabajo, gana cada uno algo menos de 1 rublo cada cuarenta y ocho horas. Trabajan sin descanso, así los domingos y fiestas como los otros días.

Aquella relación detallada no me per-

mitía dudar, pero, deseando comprobarla por mí mismo, fuí un día al muelle de carga y descarga. Allí encontré al factor, á quien declaré que quería comprobar la exactitud de sus palabras.

— Debéis comprender — dije — que es una cosa increíble.

— Sin contestarme, se volvió hacia una garita que estaba cerca de nosotros.

— Nikita — gritó — ven acá.

Salió un obrero de la garita. Era alto, delgado, vestía una blusa desgarrada.

— ¿Cuándo empezaste el trabajo?

— ¿Cuándo?... Ayer mañana.

— ¿Dónde estabas la última noche?

— Aquí, pardiés, para descargar las mercancías.

— ¡Cómo! ¿trabajáis también por la noche? — pregunté yo entonces.

— ¡Toma! Ya lo creo...

— Y hoy, ¿á qué hora llegasteis aquí?

— Pues... por la mañana.

— ¿Cuándo dejaréis el trabajo?

— Cuando se nos despache.

Cuatro obreros se acercaron á nosotros. Formaban con el primero un mismo gru-

po de descargadores. Ninguno llevaba abrigo. Vestían todos blusas desgarradas, á pesar de que marcaba el termómetro veinte grados bajo cero.

Al ver que les interrogaba acerca de los detalles de su existencia, parecieron sorprendidos de que me preocupase por las treinta y seis horas de trabajo, pues por su parte aquello les parecía muy sencillo y natural.

Todos eran labradores emigrados. La mayoría descendían de mi país, del gobierno de Tula; algunos eran de los gobiernos de Oriol y de Voronaje. Todos estos desdichados habitaban en Moscou. Hay algunos que viven con sus familias, pero casi todos solos; y éstos envían el fruto de su trabajo á sus familias que permanecen en el pueblo.

Comen por regla general en las casas de huéspedes donde duermen. Su alimentación, compuesta siempre de carne, pues no observan la cuaresma, cuesta á cada uno 10 rublos por mes.

En realidad, trabajan más de treinta y seis horas, pues por lo menos necesitan

media para ir á la estación y volver á su casa, y además, porque, muy á menudo, se les hace trabajar un ratito más de lo estipulado. Y por este trabajo espantoso de treinta y siete horas sin interrupción, reciben 25 rublos al mes, de los cuales hay que deducir el importe de la comida.

—¿Por qué hacéis este trabajo de pe-sidarios?—les pregunté.

—¿Qué queréis, pues, que hagamos?

—¿Es absolutamente necesario que trabajéis durante treinta y seis horas sin descanso? ¿No podríais arreglaros de modo que quedara un gran espacio de reposo entre las horas de trabajo?

—Se nos imponen tales condiciones.

—¿Por qué las aceptáis?

—¿Por qué?... Es preciso comer. Si uno se queja, ¡ea, fuera! Si uno se retrasa una hora, se le ajusta la cuenta. No se apuran por tan poca cosa. Tienen diez solicitudes para cada plaza.

Todos los que me hablaban así eran jóvenes. Solamente uno parecía tener más de cuarenta años. Tenían el rostro demacra-

do, fatigado, y la mirada apagada de los bebedores. El primero con quien hablé, le admiraba sobre todo por el extraño cansancio que leía yo en sus ojos. Le pregunté si había bebido.

—No bebo—me contestó.

Había contestado sin reflexionar, como contestan siempre á tal pregunta los que no son bebedores.

—Tampoco fumo—añadió.

—¿Y los otros, beben?

—Sí. Se traen aguardiente.

—El oficio es muy duro. Es preciso recobrar las fuerzas—explicó el de más edad, que estaba embriagado, pero que lo disimulaba perfectamente.

Después de haber hablado con aquellos obreros, me separé de ellos, y pasé al muelle de descarga.

Caminando á lo largo de las hileras de bultos, llegué junto á un grupo de hombres que empujaban lentamente un vagón cargado. Cambiar de sitio los vagones, limpiar los muelles y quitar la nieve, son otras tantas faenas que los obreros, por

una cláusula de su contrato, deben cumplir gratuitamente.

Los que estaban ahora ante mí, iban tan haraposos como los primeros. Al ver que se detenían después de haber colocado los vagones en el sitio requerido, me acerqué y preguntéles á qué hora habían empezado á trabajar y á qué hora acabarían.

Me contestaron que trabajaban desde las siete, y que acababan de comer. Las necesidades del servicio impidieron, sin duda, que se les despachara antes.

—Y ahora, ¿cuándo os dejarán descansar?

—No lo sabemos... A veces trabajamos hasta las diez.

En aquella contestación, dejaban entrever una especie de altivez por la resistencia que demostraban.

Viendo que me interesaba por ellos y tomándome, sin duda, por el director, me rodearon y muchos hablaban á la vez, exponiéndome sus quejas.

Se quejaban sobre todo de las pequeñas

dimensiones de la sala, donde, después de las fatigas de la jornada y antes de comenzar el trabajo de noche, se les permitía calentarse, y á veces hasta echar un sueño de una hora. Todos protestaban vivamente contra la estrechez de aquel asilo.

—Somos ciento por lo menos, que debemos amontonarnos allí. Muchos no encuentran ni un rincón en qué tenderse... Es verdad que podemos ponernos bajo la cama de tablas, pero es muy estrecho aquello—decían varias voces descontentas.—Venid á verlo vos mismo, está á dos pasos.

Decían verdad. La sala á que me llevaron no era nada espaciosa. A lo sumo mediría diez archinas de largo, y apenas cuarenta hombres podrían tenderse sobre las banquetas que estaban adosadas á las paredes.

Algunos obreros entraron conmigo. De nuevo empezaron las recriminaciones.

—Ya lo veis; bajo las banquetas no hay manera de estirar los miembros.

Aquellos hombres, que sufrían sin abri-

go de pieles un frío de veinte grados, que durante treinta y siete horas se encorbaban bajo cargas de 10 puds, y que, padeciendo hambre, debían esperar que á sus jefes se les ocurriese darles un instante de reposo; aquellos hombres cuya existencia era mucho más pesada que la de las acémilas, se quejaban únicamente de que se les ofreciera un lugar de descanso demasiado estrecho. Al principio me admiré, pero reflexionando más sobre su triste situación, comprendí cuán atroz debía ser la desesperación de aquellos infortunados, que, transidos de frío, extenuados por la intensidad de un trabajo abrumador, deseando reposo y bienestar en una atmósfera templada, sólo encontraban un espacio oscuro, bajo una banqueta, y debían penetrar allí, arrastrándose por el suelo lleno de inmundicias, y una vez dentro, acurrucarse en una posición tan incómoda que aumentaba la fatiga de su cuerpo y respirando un aire contaminado que acababa de consumir su vigor.

Entonces, mientras buscaban en vano

sueño y reposo, el sufrimiento les revelaba todo el horror de aquel trabajo de treinta y siete horas, que devoraba su existencia. Por tal motivo, la exigüidad de la sala cesaba de ser para ellos una circunstancia relativamente insignificante de su vida mísera, y se convertía, por lo contrario, en la causa principal de su descontento.

Después de haber observado algunos otros grupos é interrogado á otros obreros, que repitieron lo dicho por los primeros, volví á mi casa convencido de que el factor no había exagerado los hechos.

Desgraciadamente era verdad que por una corta suma que les da apenas los medios de alimentarse, hombres que se creen libres, se condenan á un trabajo que el amo más cruel, en tiempo de la servidumbre, no habría impuesto á sus esclavos. Hasta un cochero de punto se guardaría de someter á él á su caballo, pues éste vale dinero, y sería insensato abreviar por un trabajo excesivo de treinta y siete horas la vida de un animal tan útil.

II

Obligar á unos obreros á que trabajen treinta y siete horas sin descansar y sin dormir, es propio de un hombre cruel y que desconoce sus mismos intereses. Sin embargo, de continuo vemos que así se dilapidan con insensatez vidas humanas.

Frente á la casa donde habito funciona una fábrica de sederías, donde se ha puesto en planta todos los perfeccionamientos de la técnica moderna. Tres mil mujeres y setecientos hombres trabajan en ella. Mientras escribo, oigo el ruido ininterumpido de las máquinas. Visité una

vez el establecimiento, de modo que me basta acudir á mis recuerdos para saber lo que significa ese rumor incesante. Tres mil mujeres se inclinan sobre sus telares, ensordecidas por el golpear de los émbolos y el crujir de las ruedas. Durante doce horas, arrollan, devanan y hacen deslizar las hebras de seda para fabricar las telas.

Todas, con excepción de las que acaban de llegar de sus pueblos, tienen el aspecto macilento. La mayoría llevan una vida desarreglada é inmoral y hasta las casadas abandonan á sus hijos recién nacidos. Les envían al pueblo ó al hospicio, y por miedo de que las reemplacen en su faena, van á trabajar al día siguiente de parir.

Estoy seguro de lo que afirmo: hay docenas de millares de mujeres que desde hace veinte años han sacrificado su juventud, su salud y hasta su vida y la de sus hijos, para fabricar terciopelo y seda.

Ayer encontré un mendigo, que aun cuando joven y de complexión robusta, se arrastra con la espalda encorvada, apoyándose en dos muletas. Poco tiempo añ-

tes acarreaaba tierra y ladrillos en las construcciones. Un día cayó de una andamada, y al caer se produjo graves lesiones internas. Las curanderas y los médicos que le cuidaron consumieron todas sus economías, y desde hace ocho años, sin asilo, mendiga por la ciudad, rogando á Dios que le mate.

¡Cuántas vidas humanas se pierden así! Ignoramos todas estas tristezas ó fingimos no darles gran importancia, porque no son para nosotros sino las consecuencias inevitables de un orden de cosas que debemos sostener.

Sé que en una fundición metalúrgica del gobierno de Tula, los obreros empleados en los altos hornos, para poder disponer de un domingo cada quince días, consienten, al acabar el trabajo, en permanecer en sus puestos durante toda la noche del sábado, es decir, en no dejar el taller sino después de veinticuatro horas de trabajo continuo. Puedo decirlo porque lo he visto yo mismo. Esos hombres que se ven obligados á beber aguardiente para

sostener su energía, antes de poco tiempo, lo mismo que los descargadores del ferrocarril de Kazan, habrán derrochado todo lo superfluo y hasta la última reserva de su fuerza vital.

¡Nada digo de esos desdichados que ejercen oficios reconocidamente insanos; los tipógrafos envenenados por el polvo de plomo, los obreros que azogan espejos, los cerilleros, confiteros, vidrieros, mineros y tabaqueros!

Las estadísticas dicen que en Inglaterra, la duración media de la vida es de cincuenta y cinco años para los hombres de las clases altas, y de veintinueve sólo para los dedicados á trabajos insalubres.

Sabemos todos, pues no podemos ignorarlos, los terribles efectos de la industria moderna. Parece, pues, inadmisibile que seamos tan crueles como bestias feroces, para aprovechar un trabajo funesto á tantas vidas humanas, sin perder para siempre el reposo de nuestra existencia. Sin embargo, nosotros que vivimos en la abundancia, que hablamos de liberalismo

y de humanidad, que decimos compadecer á los otros hombres, y hasta á los animales, no pensamos sino en aumentar nuestras riquezas, es decir, en aprovechar más y más ese trabajo asesino, y no cesamos de ver transcurrir días dichosos en la más perfecta calma.

¿Sabemos por acaso que en alguna parte hay obreros que trabajan treinta y siete horas seguidas y que tienen por todo abrigo una sala incómoda é insana?

Enviamos inmediatamente allí á un inspector bien retribuído, y prohibimos que el trabajo dure más de doce horas consecutivas, dejando por otra parte, que aquellos á quienes privamos así de un tercio de su salario habitual, se las arreglen como puedan para hacer frente á sus necesidades. Obligamos á la administración del ferrocarril á construir una sala de descanso, cómoda y espaciosa, para sus obreros; luego, acallada por tanta actividad la voz de nuestra conciencia, continuamos tranquilamente embolsando sueldos, dividendos y rentas de los inmuebles y de las

tierras... ¿Sabemos que en una fábrica de seda hay mujeres y jóvenes que, separadas de su familia, rodeadas de seducciones vergonzosas, arrojan al azar su existencia y la de sus hijos, que la mayoría de las planchadoras que lavan nuestras camisas almidonadas y los tipógrafos que imprimen para nuestro recreo libros y más libros, mueren tuberculosos?

Nos contentamos con encogernos de hombros y declarar que ello es todo muy lastimoso y nada podemos hacer, y sin que se turbe la paz de nuestra conciencia, persistimos en comprar telas de seda, en llevar nuestras camisas almidonadas y en leer libros y periódicos. Por otra parte, es verdad que nos cuidamos de asegurar el descanso á los empleados de comercio, y en impedir que nuestros niños se cansen demasiado en los gimnasios; prohibimos severamente á los carreteros que hagan arrastrar por sus caballos cargas harto pesadas, y cuidamos de que en los mataderos se apliquen los últimos adelantos de la ciencia, á fin de que las reses padezcan

poco, antes de morir. ¿Qué singular ceguera nos impide ver la miserable suerte de esos millones de obreros que pagan con la vida su trabajo, con muerte lenta, y á menudo dolorosa, para procurarnos comodidades y goces?

III

Creo haber encontrado la única explicación que puede darse de tal ceguera. Cuando los hombres se han apartado del bien, imaginan siempre alguna concepción general del mundo que cohoneste sus acciones, representándoles como los instrumentos necesariamente dóciles de una fuerza superior que se les impone. Por eso, se decía en otro tiempo que Dios, en sus designios impenetrables é inmutables, había impuesto á los unos el trabajo y la pobreza, y asignado á los otros el goce de los bienes de este mundo. Sobre tal tema se ha escrito mucho, y mucho se ha predicado. Siempre se ha vuelto á él para

variar sus aspectos y deducir cada vez conclusiones nuevas. Primeramente se dijo que Dios creó á los hombres de diversa condición—esclavos y amos—y que unos y otros debían sentirse satisfechos de su estado; se añadió después que los esclavos serían más dichosos en un mundo futuro; se reconoció más tarde que aunque fueran esclavos y no debieran salir jamás de esa situación inferior, podían esperar, aquí abajo, de la bondad de sus amos un alivio de situación; por fin, después de la abolición de la servidumbre, se cambió por última vez de actitud, declarando que al dar fortuna á algunos hombres, Dios les había impuesto como deber, emplear una parte de ella en obras de caridad, y que, por consiguiente, ni la fortuna ni la pobreza tenían por sí mismas nada de inmorales.

Los pobres y los ricos, los ricos sobre todo, aceptaron como buenas estas afirmaciones durante mucho tiempo. Pero llegó un día en que parecieron insuficientes, en especial á los miserables, que em-

pezaban á comprender su verdadera situación. Se necesitaba una nueva teoría. Apareció oportunamente. Esta vez la proporcionaba la ciencia, la economía política, que pretende haber hallado leyes, según las cuales, se sabe cómo debe repartirse entre los hombres el trabajo y el goce de sus productos. Se nos enseña hoy día, que tal reparto depende de la oferta y la demanda, del capital, de la renta, del valor de la mano de obra, del beneficio, etc., en una palabra, del conjunto de leyes necesarias que rigen el encadenamiento de los hechos económicos.

Sobre tal tema se han dado en algunos años tantas lecciones, escrito tantos folletos y libros, como antes se habían redactado tratados y pronunciado sermones, para exponer los antiguos principios. Todavía no ha acabado la propaganda; las lecciones se siguen unas á otras, los libros forman montón. Todas esas obras, todos esos escritos, como los tratados y sermones que precedieron, son nebulosos

é incoherentes; pero por lo mismo muy propios para realizar plenamente el fin que se proponen sus autores. Ofrecen á algunos privilegiados una teoría que justifica el estado de cosas actual y les anima á proseguir apaciblemente su vida de pereza, y á aprovechar como en otro tiempo el trabajo de los demás hombres.

Verdad es que para fundar esta ciencia dudosa, no se ha interrogado los datos de la historia universal en su conjunto; se contentaron sus fundadores con examinar la situación económica de Inglaterra á fines del siglo XVIII y á principios del XIX, es decir, á estudiar un período restringido de la historia de una nación pequeña, sometida, por lo demás, á la acción de causas tan excepcionales, que no permiten generalizar los resultados de esta observación.

Pero el aspecto visiblemente incompleto de esos estudios no ha impedido que se tuviera enteramente confianza en las conclusiones de los economistas. Sus discusiones interminables y sus continuos

desacuerdos sobre la definición de la renta, del valor y de los beneficios, no han comprometido el éxito de su enseñanza. Pocos han visto que no llegaban á entenderse sino sobre la proposición siguiente, fundamento de su propia ciencia: las relaciones entre los hombres se determinan, no por las ideas del bien y del mal, sino por los intereses de una clase privilegiada.

En nuestra sociedad se ha constituido un grupo numeroso de gente interesada que quita á los obreros, por actos de verdadero bandolerismo y de robo, todo el producto de su trabajo. Guardémonos, sin embargo, de acusar á esa banda rapaz. Obedece á leyes económicas necesarias, que pueden transformarse, es verdad, pero únicamente por evolución lenta, y que la ciencia es la única que puede prever. Así, pues, todos los que espolian, todos los que roban ó encubren el producto de estas rapiñas, quedan absueltos por la ciencia, y pueden continuar gozando de lo que adquirieron por la violencia ó por

la astucia. Eso es una verdad que todos nuestros economistas reputan indiscutible.

Antiguamente, pocos fueron los hombres iniciados en las sutilezas de las doctrinas teológicas. Igualmente, hay pocos entre nosotros que conozcan en detalle las teorías tranquilizadoras de la ciencia contemporánea. Pero sabemos que ésta existe, y que, sabios y hombres de gran inteligencia, por medio de pruebas ciertas, que cada día fortalecen con nuevas demostraciones, han definido el carácter necesario del orden social presente, y que, por lo tanto, podemos con perfecta tranquilidad gozar de las ventajas que nos asegura, sin preocuparnos de cambiarlo en lo más mínimo.

Tal es, á juicio mío, la única explicación que cabe dar de esa ceguera sorprendente que inutiliza toda la bondad de los hombres más sensibles, que resultan compasivos para los animales, y asesinos despiadados de sus hermanos.

IV

Durante muchos siglos se pudo apaciguar las rebeliones del pueblo, hablándole de la voluntad divina; entraba en los designios de Dios que algunos hombres fueran los señores todopoderosos de sus semejantes. La dureza de los amos hallaba en tal teoría una justificación y nuevos alientos. Pero un día los que estaban cansados de sufrir, protestaron de aquellas palabras y dudaron de ellas.

Hoy, pasa algo parecido. Los sabios aseguran, que por la fuerza de las leyes necesarias que rigen la evolución económica, algunos hombres deben amontonar

capitales y otros hombres trabajar durante toda su vida para aumentar esas fortunas, esperando el día prometido de la socialización de los medios de producción. Esta teoría ha producido igual efecto que las antiguas doctrinas: ha aumentado la dureza de corazón de los privilegiados pero se puede notar ya, que pierden crédito, sobre todo cerca de los humildes, cuyo buen sentido no estaba oscurecido por la ciencia.

Se puede ver en las estaciones cómo se mata á los cargadores, por un trabajo continuo de treinta y siete horas, y se ve á las obreras en sederías, planchadoras, tipógrafos, millares de hombres, llevar la existencia más dura y contraria á las simples leyes naturales, y someterse á un trabajo monótono, embrutecedor, que no han escogido libremente. Es natural que os preguntéis quién ha podido lanzar á esos desgraciados en tal abismo de infortunios, y si no es posible retirarles de él. La ciencia sociológica se encarga de responder. La condición de todos esos obreros,

es tan miserable, os dice, porque los ferrocarriles, los talleres, las fábricas de sederías, las tipografías, etc., pertenecen á los capitalistas. Pero pueden mejorar agrupándose en asociaciones, en sociedades cooperativas, y esforzándose cada día por medio de huelgas y por su participación en el poder, en adquirir mayor influencia sobre los patronos y el gobierno. Así obtendrán la disminución de horas de trabajo, la elevación de los salarios, y lograrán, por fin, apoderarse de los medios de producción.

Entonces todo irá á pedir de boca; de momento, los hechos siguen su curso natural y es inútil tratar de cambiarlos.

Resulta imposible no ver que tal respuesta es una confesión de ignorancia. Es particularmente asombroso por lo que hace á los rusos. Y ante todo, la concentración de los medios de producción en manos de los capitalistas, nada tiene que ver con la triste condición de los cargadores, de las obreras en sederías y de los millares de trabajadores que ejercen un oficio pesado, insano y embrutecedor.

Todos estos hombres que actualmente trasladan los fardos en las estaciones, tienen medios de producción que no han sido acaparados por los capitalistas. Tienen tierras, caballos, arados, todo lo que es necesario para cultivar un campo. Y esas mujeres que pasan su vida tejiendo sederías, tampoco se vieron constreñidas á ejercer ese triste oficio, porque se les hubieran quitado todos los medios de producción. Por lo contrario, ellas fueron quienes, en su mayoría, abandonaron por su propia voluntad la aldea, contra el deseo de sus padres y hermanos, quienes les rogaban que permanecieran en el campo para ayudarles en su trabajo, á fin de hacer fructificar los medios de producción de que disponía la familia.

En segundo lugar, los obreros no verían desaparecer sus sufrimientos, ni aun en aquel lejano porvenir de que habla la ciencia por la disminución de las horas de trabajo, ni por la elevación de salarios, ni por la socialización de los medios de producción tan anhelada. Es verdad que

se les hace trabajar muchas horas. Pero los labradores, que trabajan á veces dieciocho horas de las veinticuatro que tiene el día, se consideran dichosos. También es verdad que se les paga de un modo insuficiente, y que se pueden quejar con justicia de no poseer una parte de los ferrocarriles y de las fábricas, cuya prosperidad es obra suya. Nada de eso es, sin embargo, la verdadera causa de su desgracia. Son desdichados, porque se les obliga á trabajar en condiciones insanas, antinaturales, á menudo peligrosas y funestas, porque viven en las ciudades acuartelados, amenazados por toda suerte de seducciones inmorales, porque padecen y se fatigan por cuenta ajena, haciendo un trabajo que no han escogido libremente.

Durante los últimos tiempos se ha disminuído las horas de trabajo, aumentando los salarios, y, sin embargo, no veo yo que la condición de los obreros haya mejorado. Para la dicha de su vida, importa poco que puedan permitirse superfluida-

des lujosas: relojes, pañuelos de seda, tabaco, aguardiente, carne, cerveza; lo que importa es que recobren la salud, la moralidad y sobre todo la libertad.

En la fábrica de sederías que he citado, hace veinte años, casi todos los operarios eran hombres. Trabajaban catorce horas, y ganaban cada mes á lo sumo una docena de rublos, que enviaban á menudo á sus familias que permanecían en el pueblo. Hoy, el personal está casi exclusivamente compuesto de mujeres; trabajan solamente once horas y se las paga veinticinco rublos cada mes. Pero no envían ningún dinero á sus familias y gastan la mayor parte de esa suma en engalanarse y en satisfacer sus caprichos y sus vicios. La disminución de las horas de trabajo, ha tenido por efecto inmediato permitir á los obreros más largas sesiones de taberna. En todas partes, en fábricas y talleres, á pesar de la disminución de la jornada de trabajo y del aumento de salario, empeora el estado sanitario, mientras que en la campaña siempre es satisfactorio. La

duración media de la vida humana disminuye, desaparece la moralidad, y nada hay de extraño en ello, ya que ha perdido sus más seguras garantías, que con la vida de familia y el trabajo de la tierra, es el único razonable.

Es muy posible que por medio de ciertas reformas reclamadas por los economistas, pueda mejorarse hasta cierto punto la situación de las clases obreras. Es posible también que en algunos centros industriales, muy raros por otra parte, la vida de los obreros sea preferible por sus condiciones exteriores, á la de las poblaciones rurales. Este es el resultado de las medidas que el gobierno y la sociedad creyeron necesarias tomar para conformarse con las conclusiones de las doctrinas científicas, que á la vez aprovechan á los obreros y dañan á los labradores.

De ello puede deducirse únicamente que no hay situación, por muy afortunada que sea, que á fuerza de vejaciones no se convierta en miserable; y que tampoco hay ninguna, por miserable y con-

20886

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Edo. 1625 MONTERREY, MEXICO

traría á la naturaleza que sea, á que los hombres no puedan acostumbrarse á fuerza de padecerla muchas generaciones.

La desgracia de los obreros de las fábricas, y en general de todos los que trabajan en las ciudades, no dimana precisamente de cobrar poco por un trabajo excesivo, sino de no poder vivir de un modo normal en plena naturaleza y de verse privados de su libertad, obligados á hacer para otros un trabajo invariable é impuesto.

Así es que no se puede explicar el triste estado de la clase obrera por la concentración capitalista, ni mejorar esta situación disminuyendo las horas de trabajo, aumentando los salarios ó socializando los medios de producción. Para resolver el problema sería preciso buscar: las causas que han quitado á los obreros la posibilidad de una vida normal en plena naturaleza y les han impuesto la servidumbre en que les vemos; y luego los medios de substraerlos á las necesidades que les fuerzan á abandonar la vida libre de los

campos por la esclavitud de las fábricas. Ante todo, debemos saber lo que ha arrojado á esos hombres de las aldeas, donde vivían sus antepasados, y en que podían vivir ellos mismos, y lo que les condujo contra su propia voluntad á las fábricas y á los talleres.

Puede haber en Inglaterra, en Bélgica, en Alemania, obreros cuyos ascendientes, desde hace muchas generaciones, trabajaban en los talleres como trabajan ellos. Esos, tampoco escogieron libremente tal método de vida; son víctimas de causas antiguas que obligaron á sus ascendientes á trocar por la vida penosa del taller, la fácil y suave de los campos. Según dice K. Marx, se despojó á los labriegos de sus tierras, se les arrojó de ellas y se les redujo á la condición de vagabundos, y luego se dictó contra ellos leyes crueles, y por las tenazas, el hierro candente y el látigo, se les obligó á servir los intereses particulares. Así, tratar de combatir las causas que obligan á los hombres á renunciar á las alegrías de una vida tran-

quila para consagrarse á la desdicha, es tratar también de librar á los obreros de las miserias que soportan.

Estas causas, la economía política nos las indica rápidamente, pero no se preocupa en combatirlas.

Procura únicamente mejorar en talleres y fábricas la suerte de los obreros; pues para ella, es evidente que habrá siempre fábricas y talleres, como habrá siempre una clase obrera, que tienda á absorber las poblaciones rurales que no han dejado aún el trabajo de la tierra.

Este ha sido considerado por todos los sabios y poetas del mundo como el primer factor de una vida idealmente dichosa; por regla general, los obreros, por lo menos aquellos que no han contraído vicios, lo prefieren á los demás. Es sano y variado; el trabajo en los talleres es insano y monótono. Es libre, es decir, que el labrador puede reposar cuando le place. El trabajo industrial, por lo contrario, es obligatorio, y el obrero depende de la máquina. En fin, el trabajo de la tierra es

primordial, mientras que la industria no puede existir por sí misma y está subordinada á la agricultura, sin la cual no existirían fábricas. Nuestros economistas saben esto, y sin embargo, no por ello dejan de consignar que los labradores que emigran á las ciudades no echan de menos su antigua existencia, que abandonan sus aldeas por propia voluntad, hasta con entusiasmo, y que por consiguiente, todos los campesinos irán con el tiempo hacia los grandes centros, para poner sus brazos al servicio de la industria.

V

Es evidentemente absurdo hacer depender el bien de la humanidad de aquello que más duramente hiere los sentimientos humanos; del trabajo abrumador y monótono. A pesar de ello, los sabios han llegado á proclamar tal absurdo; los teólogos, por su parte, se habían visto lógicamente arrastrados á conclusiones monstruosas, que representaban á los esclavos y á los patronos como seres creados para vivir en diferentes condiciones, y cuya desigualdad cesaría tan sólo en el otro mundo.

Tal error de los hombres científicos es explicable. Pertenecen en su mayoría á la clase rica, y tanto les placen las ventajas de su estado, que no pueden concebir la existencia de una sociedad que les rehusara sus habituales goces.

No quieren renunciar á los objetos de toda especie que halagan su gusto por la vida fácil y sensual, y cuya producción no sería posible, si las fábricas y los talleres desaparecían, tal como hoy están organizados. He aquí por qué las reformas que proponen para mejorar la suerte de los obreros son tales que no variarían nada de la actual producción ni disminuirían el lujo de los privilegiados.

La escuela socialista es la que ha adelantado más en la vía trazada por la ciencia. ¿Qué piden los socialistas? Que se reconozca á los obreros la propiedad de los medios de producción. Suponen, pues, que habrá siempre una producción sometida al principio de la división del trabajo, y que las fábricas que ya funcionan ó los establecimientos similares, continuarán

proporcionando á los hombres los mismos objetos, ó casi los mismos que les procura la industria contemporánea.

Según ellos, todo ocurrirá como en lo pasado, con la diferencia de que ellos, y las gentes de su clase, no serán los únicos que gocen de las comodidades modernas, sino que todos los ciudadanos disfrutarán las dulzuras de una vida regalada. Se les antoja que, después de la socialización de los medios de producción, todos los individuos de la actual clase productora, deberán participar del trabajo común. Pero en sus nociones confusas de lo que ocurrirá, suponen que ellos continuarán representando un papel preponderante sirviendo á la comunidad como dibujantes, sabios y artistas. No nos dicen quién quedará encargarse de la fabricación peligrosa de las sales de plomo, quién se sacrificará para cumplir las faenas de fogonero, de minero ó de albañil. Nos dan á entender que todas esas ocupaciones resultarán simplificadas por la aplicación de procedimientos perfeccionados, y que entonces,

trabajar en las alcantarillas ó en las minas, resultará una tarea muy agradable. De tal manera nos representan las condiciones próximas de la vida económica sus obras de doctrina ó sus ensueños extravagantes á lo Bel-Amy.

Según la teoría socialista, los obreros desarrollando su espíritu de solidaridad, agrupándose en sindicatos, en asociaciones, organizando huelgas, tomando parte en las tareas parlamentarias, acabarán por apoderarse de todos los medios de producción sin exceptuar la tierra. Entonces estarán tan bien alimentados y vestidos, tendrán los domingos á su disposición tantos medios para distraerse, que no habrá nadie que prefiera á la ciudad y á una perspectiva de piedras y chimeneas, el ancho espacio de las campiñas, la compañía de los animales y de las plantas, ni al trabajo monótono y maquinal del taller, el sano, variado y libre de la tierra.

Es ésta una hipótesis tan poco verosímil como la hipótesis presentada por los teólogos de un paraíso en que los obreros

serían indemnizados después de su muerte, con toda especie de goces, de la penosa existencia que arrastran en este mundo. Sin embargo, los hombres inteligentes é instruídos de nuestros días, creen en las promesas de los socialistas, como los de otras épocas creían en el paraíso de los teólogos.

Preciso es que así sea; porque los sabios y sus discípulos y todos los hombres de la clase rica en general, no pueden negar que todos los objetos que sirven para su comodidad, desde los ferrocarriles á las cerillas y cigarrillos, son producto del trabajo de sus hermanos, de un trabajo mil veces mortal. Se comprende que si querían continuar gozando de todos esos objetos sin participar á su producción, se les presentaba un dilema: debían reconocer que eran perversos, ó proclamar muy alto que lo que sucede es para bien de todos en virtud de leyes necesarias. Tal es la causa psicológica que ha conducido á los sabios, á los inteligentes é instruídos —no hablo de los hombres de clara inteli-

gencia—á afirmar con menosprecio de toda evidencia, de una manera tenaz, que los trabajadores deben abandonar una existencia alegre y sana, para ir á perder cuerpo y alma en fábricas y talleres,

VI

Podría demostrarse que tal aserción es manifiestamente inexacta, pues está en pugna con todas las cualidades naturales del hombre. Admitiendo que deba preferir ejecutar en las ciudades una tarea determinada, regulada por el funcionamiento de una máquina, mejor que trabajar en el campo libremente con sus brazos, la evolución económica lleva en sí misma una contradicción que es absolutamente imposible resolver. Se asegura que los obreros, una vez dueños de los medios de producción, gozarán de todas las ventajas y comodidades que son hoy día los privi-

legios de una clase. Irán bien vestidos, estarán bien alimentados y bien alojados. Pasearán por calles cuidadosamente pavimentadas y alumbradas eléctricamente; asistirán al concierto, al teatro, leerán libros y diarios y correrán en automóvil.

Pero, para que todos los hombres puedan usar determinados objetos, es necesario saber cómo tales objetos serán producidos, y cuántas horas de trabajo deberá cumplir cada obrero para ayudar á su producción. ¿Es posible evaluar esto?

Bajo el régimen capitalista, las estadísticas permiten hasta cierto punto prever, teniendo en cuenta la concurrencia y las necesidades, la índole y cantidad de los productos que se pedirán en los mercados. Pero no hay estadística capaz de dar indicaciones aproximadas acerca de la demanda y las necesidades de una sociedad en que todos los medios de producción serán comunes, es decir, en que todos los hombres serán libres.

Tan sólo puede preverse que en semejante sociedad, la demanda excederá á

la producción en proporciones colosales. Cada cual querrá poseer todo lo que poseen hoy los más ricos; imposible sería pues evaluar las enormes cantidades de manufacturas necesarias para dar satisfacción á esas necesidades insaciables y numerosísimas.

Además, ¿cómo se obtendrá que todos participen en la fabricación de objetos que para unos serán preciosos, é inútiles y hasta dañinos para los otros?

Supongamos que baste pedir á cada individuo de la comunidad seis horas de trabajo durante el día, para asegurar la producción capaz de satisfacer las exigencias de la sociedad. Falta saber, cómo, bajo éste régimen de libertad completa, se obligará á los hombres á otorgar esas seis horas de trabajo; si deben emplearlas en producir objetos que estimen inútiles ó nocivos.

Es incontestable que gran número de objetos muy diversos, muy perfeccionados, cuya producción proporciona á los industriales beneficios considerables, y á

nosotros mismos una infinidad de comodidades y goces, se obtienen hoy gracias a los procedimientos mecánicos y á la división del trabajo, sin gran gasto de fuerzas humanas.

Pero ni la importancia que nosotros les damos ni las ganancias que procuran á sus productores, ni la facilidad de su fabricación garantizan que en la sociedad futura, entre los hombres emancipados y libres de toda traba, se hallarán obreros que quieran proporcionar á nuestra tontería todos esos vanos accesorios.

Es incontestable que por una ingeniosa división del trabajo se fabrica muy bien y muy rápidamente en la casa Krupp soberbios cañones; en la casa N. sederías de maravillosos dibujos; en la casa S. perfumes delicados, tarjetas preciosas, polvos que mantienen la tersura de la piel; en la casa P. superior aguardiente. Consumidores y productores se felicitan igualmente al ver estos admirables resultados del progreso industrial. Mas, para desear cañones, aguardiente ó polvos es

preciso: querer apoderarse de los mercados de China, ó ser borracho contumaz, ó dar gran valor á la suavidad de la piel; y hay hombres que siempre hallarán defestables los cañones, el aguardiente y los polvos.

Y para hablar más claro, precisa decir que hay hombres que reprobarán siempre, por la vanidad que implican y por los perniciosos efectos que producen, las exposiciones, las academias, el uso de la cerveza y el de la carne.

¿Cómo se obligará á tales hombres á fabricar cerveza, á matar y á destrozár animales? ¿Cómo obligarles á organizar exposiciones, á sentarse en las academias, si para tales tareas la sociedad reclama su concurso?

Hasta suponiendo que pueda someterse á todas las voluntades á las exigencias de las mayorías,—no hay ni habrá jamás para esto otro medio que la obligación forzada,—¿quién se encargará en esta sociedad libre sobre la que no obrarán ni las fuerzas del capitalismo, ni las leyes de

la concurrencia, de la oferta y de la demanda, de ordenar, según su importancia, los trabajos á que convendrá aplicar la masa de energías humanas?

¿Se pensará antes en la construcción de un ferrocarril en Siberia ó en la fortificación de Port-Arthur, que en el pavimento de las calles ó viceversa? ¿Se creará más útil la instalación del alumbrado eléctrico ó el riego de las tierras? Además se presenta una nueva cuestión que será bien difícil de resolver cuando los obreros sean libres: ¿Cómo se repartirán entre los hombres, las diversas funciones sociales? Es evidente que preferirán todos la vida del sabio ó del artista á la del fogonero ó el minero. ¿Cómo se fijará el empleo de cada uno y se pondrán todos de acuerdo?

Ninguna estadística puede servirnos para contestar á estas preguntas. Sólo admiten soluciones teóricas, es decir, que serán resueltas por algunos hombres á quienes se dará el poder de hacer respetar sus decisiones. Mandarán, y todos los demás obedecerán.

Por fin, la hipótesis de la socialización de los medios de producción implica una última pregunta más importante que todas las que acabo de indicar: ¿En qué medida se observará la división del trabajo en un estado socialista? Hoy está garantizada por las necesidades mismas de los obreros. El trabajador que consiente en pasar su vida en un subterráneo, en gastar sus fuerzas para fabricar solamente la centésima parte de un objeto cualquiera, en hacer de continuo un movimiento invariable, un esfuerzo penoso entre el ruido de la máquina, lo hace obligado por la necesidad; de no ser así, no aceptaría tan terribles condiciones de trabajo. Pero el que se verá al abrigo de la necesidad porque posea los medios de producción, rehusará, hasta que se le obligue á ello, respetar las consecuencias de la división del trabajo y someterse á tareas embrutecedoras que matarán en él las aspiraciones intelectuales. No hay duda que la división del trabajo es muy ventajosa y hasta natural para los hombres; pero los

que sean libres no la llevarán nunca más allá de ciertos límites asaz restringidos, que nuestra sociedad ha rebasado ya hace mucho tiempo.

Sucede por ejemplo que un campesino hace de la fabricación de calzado su tarea ordinaria, mientras su mujer teje cáñamo ó lana, uno de sus vecinos labra los campos y otra forja hierro. Todos ellos adquieren gran habilidad cada cual en el oficio que han escogido y cambian entre ellos los productos de sus industrias. Es también incontestable que esta organización sirve igualmente los intereses de cada cooperador. En tal medida, los hombres libres aceptarán la división del trabajo.

Pero no hay ningún interés serio que exija que los obreros se ciñan á la fabricación ridículamente minuciosa de una ínfima parte de un objeto cualquiera; que se condenen para activar la marcha de las máquinas, á sofocarse bajo una temperatura de 50º, ó que se resignen á morir quizás asfixiados por gases irrespirables. Es comprar demasiado caro, por el

sacrificio de vidas humanas, la producción de objetos cuya utilidad es por lo menos discutible. Así se comprende que la obligación forzosa, es la primera condición de la división del trabajo, tal como existe hoy día. Rodbertus dice que la división del trabajo acerca á los hombres y los une con un lazo de solidaridad. Esto es exacto, si algunos hombres libres se han repartido una obra importante por su propia voluntad. Supongamos que estos hombres hayan decidido abrir un camino: Uno cavará, otro transportará los guijarros, otro los desmenuzará, etc... y se podrá decir con razón que estos hombres están unidos por la división del trabajo. Pero si contra la voluntad de estos obreros y hasta contra su deseo, se proyecta construir una vía estratégica, una torre Eiffel, ó cualquiera de esos absurdos de que está llena la Exposición de París, si se obliga para tal fin á un obrero á que extraiga mineral de hierro, á otro que lleve carbón á los altos hornos, á otro que funda el mineral, á un cuarto á que corte árboles,

á un quinto á que desbaste los troncos cortados, sin que unos ni otros tengan la menor noci3n del objeto que sus esfuerzos concurren á realizar, la divisi3n del trabajo aislará á cada uno de estos coo- peradores de la obra final en vez de acer- carlos. Puede decirse, pues, que despu3s de la socializaci3n de los medios de pro- ducci3n, los hombres, libres por fin de toda violencia, volverán á poner la divisi3n del trabajo en los justos límites dentro de los cuales los buenos resultados de tal método pueden compensar los inconvenientes.

Como todos los hombres aspiran á en- sanchar el campo de su actividad, es evi- dente que, en una sociedad libre, no que- rrán ceñirse como hoy día á un trabajo monótono y que no requiere inteligencia.

Pero el menor cambio en la divisi3n actual del trabajo, puede comprometer grandemente la producci3n de los múlti- ples objetos que sirven hoy para los goces de la clase rica, y que según los teóricos, la implantaci3n del régimen socialista pon- drá al alcance de todos los ciudadanos.

Después de la emancipaci3n de los obre- ros, disminuirá y hasta desaparecerá la producci3n de todos esos objetos que no pueden obtenerse sino mediante una vio- lenta sujeci3n de la clase obrera. Así ocu- rrió que, al abolir la servidumbre, des- aparecieron las orquestas, los parques, los tapices, las blondas y los teatros que lle- naban de orgullo á los señores. Los aldea- nos no se veían ya obligados á satisfacer los caprichos de sus amos.

Creo haber demostrado suficientemente que los socialistas nos hacen promesas contradictorias, cuando aseguran que des- pu3s de socializar los medios de produc- ci3n todos los hombres serán libres, y que todos disfrutarán de los goces que en nues- tra sociedad son, hoy por hoy, privilegio de la clase rica.

VII

Vemos que se reproduce lo que ocurrió ya durante los últimos años del régimen señorial. Todos los propietarios de fincas rústicas y en general todos los hombres de la clase rica, reconocían que la situación de los siervos dejaba que desear; pero no proponían para mejorarla sino medidas que no comprometieran seriamente sus rentas. Hoy los privilegiados piensan también que la situación de los obreros es digna de inspirar lástima; pero sólo proponen para modificarla reformas insuficientes que no amenacen disminuir las comodidades del régimen de vida á que

Esclavitud moderna—5

están acostumbrados. En otro tiempo, el propietario más dispuesto á favorecer los siervos hablaba del poder patriarcal, y aconsejaba, como Gogol, á los hombres de su clase que fueran buenos y cuidasen de la suerte de sus siervos; pero rechazaba obstinadamente todo proyecto de emancipación, que se le antojaba que había de tener funestas consecuencias. Hoy, la mayoría de los privilegiados aconsejan á los patronos que velen por el bienestar de sus obreros, pero ninguno de ellos quiere discutir, siquiera la posibilidad de una revolución económica radical que emanciparía definitivamente á los obreros.

Los liberales de otro tiempo juzgando que no podía cambiarse la situación de los campesinos, pero deseosos, sin embargo, de hacer patentes sus sentimientos humanitarios, pedían al gobierno que restringiera las atribuciones de los propietarios y miraban con simpatía los motines de los campesinos. Los liberales de nuestros días, al mismo tiempo que aseguran que no puede variar en absoluto el estado

actual de cosas, piden al gobierno que ponga límites á la influencia de los capitalistas é industriales, y no ocultan su simpatía hacia las manifestaciones, las huelgas y en general hacia todas las protestas de los obreros: en otras épocas el partido avanzado reclamaba la emancipación de los siervos, pero sin desear para ellos una completa libertad, pues sus proyectos de reformas les dejaban aún, en cierta medida, bajo la dependencia de los propietarios y les sometían á toda clase de impuestos. Hoy por hoy, los hombres más audaces, reclaman la emancipación del proletariado y que se socialicen todos los medios de producción, pero pretenden que la distribución y la división del trabajo, tal como existen, son fenómenos sociales necesarios de los que deben los obreros aceptar las consecuencias.

Las conclusiones de la Economía Política á que sujetan su criterio, sin conocerlas en sus menores detalles, como deberían, parecen, á primera vista, liberales y hasta radicales, porque parecen atacar los

privilegios de las clases ricas de la sociedad. Pero realmente están impregnadas del espíritu conservador más serio y más grosero. De uno ú otro modo, sabios, aristócratas y burgueses quieren defender el anatema de la distribución y de la división del trabajo tal como funciona en nuestros días, porque es el único que garantiza la producción de los objetos de lujo, propios para satisfacer las comodidades á que no quieren renunciar los ricos. La cultura, dicen, es la madre del mundo moderno. Y esta cultura que se manifiesta bajo sensible forma en los caminos de hierro, los telégrafos, los teléfonos, la fotografía, los rayos X, las clínicas, las exposiciones y por medio de todos los perfeccionamientos del *confort*, es para ellos como una cosa sagrada. Nadie admite la supresión del menor detalle en el conjunto de sus resultados. Todo puede trastornarse, pero lo que la cultura ha marcado con su sello reviste, por eso sólo, el carácter de lo necesario. Se advierte, sin embargo, cada vez con mayor evidencia, que los progre-

sos producen la opresión de la clase obrera. Poco importa esto; los sabios están de tal modo celosos de su inestimable cultura, que no vacilan en trastocar la célebre máxima de los juristas. *fiat justitia, pereat mundus, fiat cultura, pereat justitia.*

Su entusiasmo no se traduce únicamente en vanas palabras; sus actos mismos están inspirados en igual ciego fanatismo. Todo se transforma en la práctica y en la teoría. Sólo los resultados de la cultura son definitivos. Todo lo que por ella y para ella se fabrica en talleres y fábricas, y se vende en los almacenes, eternamente se fabricará y venderá para satisfacer las necesidades que creó la cultura.

Este razonamiento, á juicio mío, es muy contrario al que debieran emplear los hombres inteligentes que practican la ley cristiana de fraternidad y amor al prójimo.

La luz eléctrica, los teléfonos, las exposiciones, todos los jardines de la Arcadia del mundo con sus conciertos y sus diversiones, los cigarros, las cajas de cerillas, los tirantes y hasta los automóviles... todo

eso me parece muy bien, pero desaparezcán para siempre todas esas cosas junto con los ferrocarriles y las fábricas de telas y de paños, si para hacer perdurar todos esos manantiales de placeres y de comodidades en provecho de una minoría privilegiada, el 99 por 100 de los hombres deben permanecer en la esclavitud y continuar muriendo por millares á consecuencia del trabajo que se les impone. Si para que Londres y Petersburgo aparezcan iluminados por la electricidad, si para que se eleven los magníficos pabellones de una exposición, para que podamos admirar hermosos colores y finas telas, precisa que algunas vidas humanas se destruyan ó se abrevien ó se echen á perder, alúmbrense Londres y Petersburgo con gas ó con aceite, no haya nunca ninguna exposición y no se fabriquen colores y telas. Si algo importa verdaderamente, es que sobre la tierra no quede rastro de la esclavitud que ha consumido tantas vidas humanas. Los hombres verdaderamente civilizados, preferirán siempre viajar á caballo en lugar de servirse de los caminos de hierro,

que causan tantas víctimas, porque sus propietarios estiman menos costoso pagar indemnizaciones á las familias de esas víctimas que variar el trazado de sus vías, con lo cual se evitaría todo peligro de accidente. Esto sucede en Chicago. La divisa de los hombres verdaderamente civilizados no será: *fiat cultura, pereat justitia*, sino: *fiat justitia, pereat cultura*.

Por lo demás, la cultura verdaderamente útil no desaparecerá. Suceda lo que quiera, los hombres no se verán reducidos á remover la tierra con estacas ni á alumbrarse con feas de resina. Los progresos técnicos que se han realizado á costa de una dolorosa esclavitud no desaparecerán. Con que los hombres comprendan únicamente que no pueden sacrificar para satisfacer los goces de la vida la de sus semejantes, sabrán entonces aplicar todos los progresos de la industria á salvaguardar, en vez de comprometerlas, tantas existencias preciosas, y á conservar el poder adquirido sobre la naturaleza hasta donde es compatible con la emancipación de sus hermanos.

VIII

Supongamos que enseñamos un país europeo y las diversas manifestaciones de la vida nacional á un hombre que llega de lejanas tierras, desconocedor por completo de nuestra historia y de nuestras legislaciones, y que le preguntamos si advierte alguna señal de diferencia de clases. Nos dirá que para él, hay en efecto una demarcación bien precisa y patente entre dos grupos de la población general. De un lado, un reducido número de

Hombres que tienen las manos blancas, que se alimentan de manjares escogidos, llevan vestidos elegantes, viven en lujosas casas, trabajan poquísimos ó nada, y sólo piensan en divertirse, obligando á la clase obrera á consagrarle millones de jornadas de trabajo para preparar todos sus gozes; y de otro lado, hombres sucios, vestidos y alojados y alimentados pobremente, que tienen las manos callosas y negras, y que por la mañana y por la tarde y muchas veces hasta durante la noche, trabajan sin cesar para los que nada hacen, y consumen su vida divirtiéndose.

Sin duda alguna no hay entre el esclavo moderno y su dueño una diferencia tan marcada como la que distinguía al siervo de su señor; sin duda también muchos obreros pueden elevarse desde su condición servil al rango de patronos en que son á la vez esclavos y dueños; pero á pesar de todos esos casos excepcionales, en que ambas clases llegan á tener contacto y se confunden, se puede afirmar

que los hombres de nuestra época se dividen en dos grandes categorías: la de los esclavos y la de los dueños, tan francamente opuestas una á otra como el día y la noche, á pesar de la transición del crepúsculo.

Actualmente un dueño no tiene á su disposición un esclavo que consienta sin retribución en limpiar su escusado; pero tiene tres rublos que hacen gran falta á centenares de obreros y el que escoja entre todos esos hombres, por esa corta suma, se apresurará á realizar tan innoble tarea.

Los esclavos de nuestro tiempo, no son únicamente todos los obreros de los talleres y de las fábricas, obligados para vivir á someterse al poder arbitrario de los grandes industriales, sino también los campesinos que no poseen ni los campos que cultivan ni el trigo que cosechan, ó que, si son propietarios de una mala parcela de tierra, deben abandonar sus rentas á los banqueros para amortizar una deuda hartamente pesada; también lo son los

innumerables lacayos, cocineros, camareras, porteros, cocheros, bañeros, mozos de cuerda, etc..., que consumen su vida entera ejerciendo faenas repugnantes y contrarias á su naturaleza.

La esclavitud existe y se propaga en nuestra sociedad sin que tengamos de ello conciencia, como existía en la Europa del siglo xviii, sin que los hombres de aquella época se percataran de ello ni la reconocieran en la forma semiatenuada de la servidumbre.

Se decía en el siglo xviii que la situación de los siervos obligados á cultivar la tierra por cuenta de su señor, era una condición necesaria y natural de la vida, pero no se imaginaba que pudieran compararse los siervos á los esclavos.

De igual manera se asegura hoy que la situación de los obreros es una condición necesaria y natural de la vida de las sociedades, pero nadie cree que se deba ver en ella los caracteres de la esclavitud.

Al finalizar el siglo xviii, los hombres de la antigua Europa comprendieron poco

á poco que aquella entera dependencia en que los obreros se hallaban respecto á sus señores, y que pareció al principio una forma necesaria y natural de la vida económica, debía ser abolida como un mal, como una injusticia y una inmoralidad. Nuestros contemporáneos, empiezan también á reconocer que la condición de los obreros, no es, como pensaban, la consecuencia normal de leyes necesarias, sino que es, por lo contrario, de tal modo monstruosa, que precisa modificarla cuanto antes.

Sin embargo, únicamente los hombres muy clarividentes é instruidos de nuestra sociedad son los que reconocen que los obreros están sometidos á una verdadera esclavitud. Los demás quedan convencidos de que la esclavitud es una cosa que pertenece á lo pasado: ¿acaso los últimos restos de ella no se destruyeron en Rusia y en América á mediados del siglo xix? No saben que la abolición de la servidumbre, y la liberación de los negros marcaron tan sólo la desaparición de una antigua

forma arcaica é inútil de la esclavitud y el advenimiento inmediato de una forma nueva más sólida, más general y más opresiva.

Los reformadores hicieron con poca diferencia lo que los tártaros de Crimea que quitaban á sus prisioneros grilletes y cadenas, pero solamente después de haberles despellejado la planta de los pies y espolvoreado las heridas con cerdas cortadas á menudísimos trozos. La abolición de la servidumbre en Rusia y la liberación de los negros en América, hicieron desaparecer las últimas huellas de una forma anticuada de la esclavitud, pero dejaron que subsistiera la esclavitud propiamente dicha. Cuando se les declaró libres, se tenía la seguridad de que, sin cadenas ni grilletes, los desdichados cautivos, cuyos pies estaban ya desollados y doloridos, no podían huir y continuarían trabajando.

Los americanos del Norte pedían audazmente la abolición de la antigua esclavitud porque veían que en su país estaba

el pueblo sometido ya á un nuevo poder; al del dinero. El partido del Sur defendía ciegamente las antiguas costumbres porque no se advertía en su país por síntomas tan claros la aparición de una nueva forma de esclavitud.

En Rusia, se abolió la servidumbre cuando todas las tierras estaban en poder de las clases altas. La parte que se cedió á los campesinos se sobrecargó con impuestos que reemplazaron los antiguos lazos de servidumbre. En Europa, se suprimieron las pesadas cargas que mantenían en la esclavitud á sus pueblos cuando los campesinos, completamente despojados y arrojados de sus antiguas viviendas habían empezado á refugiarse en las ciudades donde, necesidades cada vez mayores, iban á entregarles infaliblemente á la influencia de los capitalistas. Unicamente entonces se abolieron en Inglaterra los derechos sobre los cereales. En nuestros días se empieza en Alemania y en otros países á disminuir los impuestos soporados por los obreros y á aumentar, por

lo contrario, los que pesan sobre los ricos; pero, para acometer tales reformas, se ha esperado á que la mayoría del pueblo estuviera ya supeditado al poder de los capitalistas. No se inutiliza un instrumento de servidumbre hasta que hay otro preparado, y precisa saber que nunca faltan tan terribles instrumentos. Uno ú otro, ó todos á la vez, reducen al pueblo á una obediencia pasiva, y permiten á algunos hombres, que no son sino una ínfima mayoría, disponer libremente del trabajo y de la vida de obreros mucho más numerosos. Esta sujeción de las masas á un grupo privilegiado es la causa principal de la desdichada situación del pueblo.

Hé aquí porque, si queremos verdaderamente mejorar la suerte de los obreros, debemos primeramente reconocer que la esclavitud persiste, dando á esta palabra, no un sentido figurado ó metafórico, sino su recto sentido que implica la existencia permanente de una organización que somete la mayoría de los hombres al capricho de un número reducido de ellos; y

debemos también, en segundo lugar, inquirir las causas de tal estado de cosas, y además, una vez descubiertas tales causas, destruirlas.

IX

¿En qué consiste la esclavitud moderna? ¿Cuáles son las fuerzas que someten unos hombres á otros hombres? Si preguntamos en Rusia, en Europa ó en América á los que llenan en las fábricas, en las ciudades y hasta en las aldeas funciones asalariadas, qué concurso de circunstancias les condujo á aceptar el estado en que se encuentran hoy día, nos contestarán que jamás tuvieron bastante tierra para poder subvenir á todas sus necesidades y vivir en su propiedad trabajándola (esto es lo que nos contestarán todos los obreros rusos y muchos obreros euro-

peos); ó que los impuestos personales ó indirectos que se les exige, son tan pesados que no podrían pagarlos si no ganaran dinero trabajando por cuenta ajena; ó sino que en las ciudades contrajeron costumbres costosas y se crearon necesidades que no pueden satisfacer sino vendiendo su trabajo y su libertad.

De ahí resulta que la falta de tierras y las exigencias del fisco, obligan al hombre á vender su libertad, y persiste en la condición servil que se ha visto obligado á aceptar á causa de la afición que siente por ciertas comodidades que ha conocido en el medio ambiente en que vive y á las cuales no quiere renunciar.

Se puede esperar que en un porvenir no muy lejano, siguiendo las proposiciones de Enrique Georges, toda propiedad territorial quedará suprimida y tal medida pondrá á los hombres al abrigo de la falta de tierra, es decir, de la primera causa que les reduce al estado de esclavitud.

Hasta se puede esperar que todo el peso

de los impuestos gravitará en lo sucesivo sobre los ricos, ya que en nuestros días algunos gobiernos han acometido reformas en tal sentido; pero no puede esperarse que, dada la actual organización económica, las clases ricas dejen de aumentar cada día sus costumbres dispendiosas y su amor al lujo que á menudo resultan funestos. Tales costumbres, infalible é inevitablemente, así como el agua penetra en un terreno seco, pasarán á la clase obrera que se halla en continuo contacto con las gentes ociosas, y entonces, nuevas necesidades se manifestarán entre los trabajadores que, para satisfacerlas, continuarán vendiendo su libertad.

Esta tercera causa de la esclavitud moderna, aunque parece que no debe producir efectos necesarios—puesto que el hombre puede siempre, á lo que parece, por un esfuerzo de su voluntad rechazar las tentaciones—aun cuando la ciencia la desprecia casi en absoluto cuando se esfuerza en explicar la triste condición de los obreros, es precisamente la que obra

con mayor fuerza y la más difícil de combatir.

Los obreros, viviendo en contacto con los ricos, contraen iguales gustos de disipación y lujo. Solicitados por nuevas necesidades, se sujetan á una labor más y más encarnizada, pues la satisfacción de sus apetitos es proporcional á la suma de energías que gastan en el taller ó en la fábrica. Por esto los obreros ingleses y americanos, cuyo salario reducido á la décima parte de su importe podría hacer vivir á un hombre, son y serán á pesar de todo esclavos lo mismo que cuando ganaban menos.

Tres causas, al decir de los mismos obreros, han producido el estado de esclavitud en que hoy les vemos; la historia de la gradual sujeción de los trabajadores y el estudio de la condición actual de la clase obrera confirman estas indicaciones.

Por estas tres causas todos los obreros fueron sumidos y permanecen en el abismo de su miseria presente. Obrando

independientemente, convergen todas al mismo fin, así es que nadie puede escapar á su influencia. El labrador que no tiene tierras ó que no tiene bastante para vivir con trabajo independiente, siempre se verá obligado, para asegurar su existencia, á entrar definitivamente ó por un tiempo determinado al servicio de propietarios más afortunados.

Si consigue de una ú otra manera mejorar su propiedad, y que pueda vivir con el producto de su trabajo, se ve sometido á tantos impuestos directos é indirectos que de nuevo se ve obligado á vender su trabajo.

Si cansado de cultivar como esclavo campos que no le pertenecen, se convierte en artesano y condénase á vivir durante su existencia en una tierra que no es suya y así logra procurarse las cosas necesarias cambiándolas por los productos de su industria, he aquí que de un lado los impuestos, y de otro la competencia de los capitalistas que disponen de procedimientos de fabricación rápidos y perfecciona-

dos, le obligan á ser temporalmente, ó hasta su muerte, el esclavo de uno de esos rivales poderosos. Si por acaso puede, trabajando por su propia cuenta, establecer relaciones ventajosas con un capitalista, las ganas de satisfacer nuevas necesidades, nuevos gustos, vencerán sus últimas resistencias y le forzarán á sacrificar su independencia.

Es, pues, inevitable que el obrero sea el esclavo de los hombres de quienes dependen los impuestos, que poseen tierras fértiles ó disponen de los objetos necesarios para la satisfacción de sus necesidades.

X

El conjunto de condiciones que han sometido á los obreros al poder de los capitalistas, llámanlo los socialistas alemanes *la ley de hierro*. El calificativo que emplean creen que basta para demostrar el carácter necesario de esta ley, pero todos los hechos que trajeron el estado actual de cosas, no tenían por sí mismos nada de necesario. Eran la consecuencia de las leyes humanas sobre el impuesto, la tierra y la propiedad. Estas leyes por los hombres promulgadas, pueden ser por los hombres abolidas. La esclavitud moderna es el efecto de estas leyes humanas y no

de la *ley de hierro* que se nos presenta como esencial para el desarrollo de las sociedades. Por ellas, por todos esos reglamentos humanos relativos á la tierra, á los impuestos y á la propiedad, se puede sin recurrir á la *ley de hierro* explicar por modo muy claro y preciso la situación que hoy día padecemos. Una ley humana ha decidido que toda la extensión de la tierra podía ser objeto de propiedad individual transmisible por herencia, legado ó cambio. Otra ha decidido que todo hombre debía pagar sin objeción los impuestos que se le reclamaban; una tercera por fin ha dispuesto que toda persona tendría derecho absoluto de propiedad sobre todos los objetos que poseyera, cualquiera que fuera el medio empleado para adquirirlos. Todo esto, ha producido la esclavitud moderna.

Por efecto de una larga costumbre, jamás hemos visto, en estas leyes como en otro tiempo los hombres en el derecho feudal y en las leyes relativas á los esclavos, sino reglamentos indispensables para

el buen funcionamiento de las sociedades. No dudamos jamás de que fueran justas y necesarias. Las creíamos perfectas, pero así como en otra época los hombres viendo los funestos efectos de la servidumbre, concibieron dudas sobre la justicia y la necesidad de las leyes que le servían de base, de igual manera, viendo hoy las consecuencias desastrosas de la organización económica actual, dudamos, á pesar nuestro, de la justicia y de la necesidad de nuestras leyes sobre la tierra ó sobre los impuestos y la propiedad, puesto que tan malos reesultados producen. Antiguamente preguntáronse los hombres si era justo que algunos de ellos pertenecieran á otros hombres, que no pudieran ellos mismos poseer nada, y que se vieran obligados á entregar á sus amos todos los productos de su trabajo. Hoy, debemos contestar á las tres preguntas siguientes:

1.ª ¿Es justo que los hombres no puedan gozar de la tierra que pertenece á otros hombres?

2.^a ¿Es justo que se tome á los hombres, en forma de impuestos, una parte de los productos de su trabajo?

3.^a ¿Es justo que los hombres no puedan gozar de los objetos que están considerados como propiedad de los otros hombres?

1.^a La propiedad personal de la tierra se mira generalmente como condición precisa para el progreso de la agricultura. Si la tierra no fuese poseída individualmente y no pudiera transmitirse por herencia, todos se esforzarían—así se piensa por lo menos—en apoderarse del lote de su vecino, y nadie trabajaría para hacer prosperar cultivos de los que no se sabría de cierto si ha de conservar el goce. ¿Es esto verdad? La historia y la realidad contemporáneas contestan á tal pregunta. La historia nos dice que la propiedad individual de la tierra tuvo por fundadores, no gentes preocupadas en asegurar á los cultivadores un largo goce de sus lotes, sino conquistadores que usurparon las tierras comunes y las distribuyeron entre sus

hombres de armas. La propiedad de la tierra no fué pues instituída con el fin de hacer progresar la agricultura. Además, la realidad nos lo prueba de un modo fehaciente: El derecho de poseer la tierra, no garantiza de ningún modo al labrador contra la eventualidad de que no ha de arrebatarle el campo en que trabaja. Lo contrario precisamente es lo que siempre ha ocurrido y ocurre aun. Tal derecho, no ha aprovechado sino á los grandes propietarios; por él, la casi totalidad de los labradores, es decir, una inmensa masa de hombres se ven reducidos á trabajar tierras que no les pertenecen y de las cuales les puede arrojar el capricho del que las posee sin trabajarlas. No asegura tampoco al cultivador la posibilidad de recoger los frutos de su esfuerzo sobre la tierra misma que fecunda su trabajo. Tal derecho es el que permite, por lo contrario, que las tierras se quiten á los que las trabajan para darlas á los que no las trabajarán. No favorece, sino que por lo contrario, dificulta los progresos de la agricultura.

2.^a Se asegura que los hombres deben pagar los impuestos á sus gobiernos respectivos, porque se establecieron en cada país con el consentimiento expreso ó tácito de todos los habitantes, y sirven para atender, en favor del interés general, á las necesidades de la sociedad. ¿Es verdad esto?

La historia y la realidad presente nos dan la contestación adecuada.

La historia nos dice que en ningún país los impuestos se crearon con consentimiento general de los habitantes. En todas partes fueron primeramente tributos exigidos á los pueblos por conquistadores ó usurpadores que únicamente pensaban en sus intereses, y no en el bienestar de la sociedad. Son todavía hoy lo que eran en su origen.

Los hombres poderosos son los que exigen los tributos, y á ellos los pagamos. Emplean, en verdad, una parte de estos fondos que se llaman impuestos ó contribuciones, en la realización de obras que importan á la sociedad entera. Pero en general, estas obras, resultan funestas para la mayoría de los hombres.

En Rusia, por ejemplo, se toma á la nación la tercera parte de sus rentas; pero no se emplea en la instrucción pública, la más importante de todas las necesidades, sino 1/50 del producto total del impuesto, sin contar además que la escasa instrucción que se da al pueblo, es embrutecedora, y mucho más dañina que fecunda en buenos resultados. Los 40/50 de las rentas del Estado sirven, con daño del país, para los armamentos militares, la construcción de caminos estratégicos, fuertes y prisiones, para mantener al clero, á la corte, á los oficiales y funcionarios, es decir, para el bienestar de cuantos tienen por cometido operar ó garantizar la inversión de estas formidables sumas de dinero.

Lo mismo sucede no sólo en Persia, Turquía y la India, sino también en todas las naciones cristianas, sin exceptuar las que recibieron cartas de Constitución, ó están reputadas como repúblicas democráticas. En todas partes los gobiernos exprimen al pueblo, le toman cuanto pue-

de dar, sin medir nunca sus exigencias por las necesidades de la sociedad. Ni unos ni otros han recibido para esta obra de expoliación el consentimiento de las naciones que oprimen, pues es evidente que en ningún país del mundo el voto del parlamento puede tomarse por la expresión de la voluntad del pueblo. Y las sumas que así amasan, las derrochan en empresas que interesan tan sólo las ambiciones de su clase; hoy, la guerra de Cuba y Filipinas, mañana la usurpación violenta del Transvaal. Lo mismo que el interés de la agricultura no puede invocarse para defender la propiedad de la tierra, de igual manera, ni el consentimiento general, ni las necesidades de la sociedad, son argumentos importantes en favor del impuesto.

3.^a Se afirma, por fin, que se ha debido reconocer á las personas que poseían ciertos objetos bien ó mal adquiridos, un derecho de propiedad sobre ellos para asegurar al obrero el goce de los productos de su trabajo. ¿Es esto verdad? Basta

mirar alrededor de nosotros para convencernos que la realidad destruye esta afirmación.

En nuestra sociedad el derecho de propiedad de los objetos usuales ha producido precisamente los abusos que según los legisladores debía prevenir. Todos los objetos producidos por los obreros les son arrebatados á medida que los van fabricando.

Así, el derecho de propiedad de los objetos usuales, no tiene tampoco mejor defensa que la propiedad de la tierra. La justificación que se ha querido hacer de una y otra, descansa en el mismo sofisma. Se ha empezado por arrebatar á los obreros, por medios violentos, los productos de su trabajo, y una vez hecho esto, se ha imaginado leyes para garantizar sobre todos estos productos un derecho de propiedad absoluta á los que los habían usurpado por la fuerza y contra toda justicia.

Ha sido preciso, por ejemplo, para poder instalar una fábrica, engañar á los obreros por medio de toda clase de super-

cherías y de actos poco honrados. Sin embargo, una fábrica se mira como producto del trabajo y como una propiedad sagrada del industrial que con ella se enriquece. Hasta el trabajo y la vida de los obreros que se extenúan para hacerle prosperar pertenecen al patrón, si ha tenido la habilidad de sujetar á su personal por contratos legalmente extendidos.

Centenares de millares de medidas de trigo que un comerciante ha hecho pasar de las manos de los campesinos á las suyas por actos de usura y nada honrados, le pertenecen por entero. Si alguien ha recibido en herencia una tierra de la cual sus antepasados habían desposeído al pueblo, á él pertenecerá el trigo que los labriegos harán germinar en ella. Se nos dice que la ley protege la propiedad del obrero de los talleres y de los campos con tanta eficacia como la del capitalista industrial y agricultor. Pero para que la balanza esté igual entre el capitalista y el obrero, es preciso imponer á los dos adversarios las mismas condiciones de com-

bate, lo cual es una cosa profundamente injusta, cuando de antemano se ha dado á uno buenas armas y atado las manos al otro. Así es imposible admitir ninguno de los argumentos que invocan en favor de los tres artículos de nuestra legislación, que han producido la esclavitud moderna.

No son menos absurdos que los antiguos ensayos de justificación del derecho feudal. Estos tres artículos han bastado para crear una nueva forma de esclavitud que inmediatamente ha sucedido á la otra. Antes se había dicho: los hombres podrán comprar y vender otros hombres, disponer de ellos libremente y obligarles á trabajar—y la esclavitud surgió.—En nuestros días se ha dicho: los hombres deberán pagar los impuestos, no podrán gozar ni de la tierra ni de los objetos sobre los cuales á otros hombres se les reconoce el derecho de propiedad—y así empezó la esclavitud moderna.

XI

La esclavitud moderna es la consecuencia de nuestras leyes sobre la tierra, los impuestos y la propiedad. Por tal motivo, los hombres que aspiran á mejorar la condición de la clase obrera, dirigen todos sus esfuerzos, inconscientemente á veces, contra estas leyes funestas.

Unos suprimen los impuestos que pesan sobre los obreros y hacen pesar sobre los ricos todas las cargas fiscales. Otros proponen abolir toda propiedad personal de la tierra; ensayos en tal sentido se han hecho ya en Nueva Zelanda y en un estado de la América del Norte (partiendo de tal

principio se ha limitado en Irlanda los derechos de los propietarios rurales). Por fin, los socialistas, queriendo socializar los medios de producción, ofrecen, como medidas transitorias, gravar la renta y las herencias y restringir los derechos de los capitalistas y patronos. Ya que se quiere abolir la esclavitud moderna, parece que para conseguirlo debiera pedirse la abolición pura y simple de las leyes que le favorecen. Examinando con alguna atención las reformas propuestas, se convence cualquiera sin esfuerzo de que todas las reformas propuestas, todos los proyectos prácticos inmediatamente realizables, y todas las concepciones teóricas que tienden á mejorar la suerte de los obreros, se limitan á substituir á las leyes existentes nuevas disposiciones legislativas que, una vez más, cambiarán la forma de la esclavitud pero no la harán desaparecer. Los que proponen, por ejemplo, beneficiar la clase pobre con la supresión de las contribuciones personales y haciendo soportar á los ricos todo el peso de las medidas

fiscales, se ven obligadas á defender la propiedad de la tierra, de los medios de producción y de todos los objetos sobre los cuales desean establecer los nuevos impuestos.

Libertan al obrero de la tiranía del fisco, pero no cambiando lo más mínimo las leyes relativas á la tierra y á la propiedad, le dejan bajo la completa dependencia de los capitalistas. Los que, como Enrique Georges y sus discípulos, quieren abolir toda propiedad personal de la tierra, conceden al Estado la facultad de exigir una renta anual sobre la agricultura. La imposición de tal medida creará para el labrador una nueva forma de esclavitud, pues cada vez que haya malas cosechas deberá pedir dinero á préstamo á quien pueda dárselo, y, por consiguiente, caerá de nuevo bajo la dependencia de alguien. Por fin los que, como los socialistas, piden la confiscación por el Estado, no solamente de las tierras sino también de todos los medios de producción, no quieren renunciar al sistema de los impues-

tos, y además, al hacer la aplicación de sus teorías veríanse obligados á redactar leyes para obligar á los hombres al trabajo—es decir, á restablecer la esclavitud en su primitiva forma.

Así, todos los proyectos de reformas que se proponen para llevar remedio á la suerte de la clase obrera, tienden únicamente á substituir á las leyes actuales, generadoras de la esclavitud, otras disposiciones que darían al mal diversa forma, sin destruirla. Escuchando estos consejos, podríamos imitar al carcelero que suelta el cuello del preso, pero que agarrota las manos, suelta las manos pero agarrota los pies, y no desata todas las cadenas hasta haber reforzado los cerrojos y las rejas. Nunca se ha hecho otra cosa, por otra parte, desde que se trata de mejorar la condición de los obreros.

Las leyes que reconocían á algunos privilegiados el derecho de tener esclavos y de sujetarlos á un trabajo forzoso, han sido reemplazadas por las que garantizan á esos mismos privilegiados la pro-

piedad de todas las tierras. Estas han sido reemplazadas por la invención del impuesto obligatorio, prefijado y cobrado por los privilegiados.

Se ensaya corregir la injusticia de los impuestos, limitando el derecho de propiedad de los objetos de consumo, de los medios de producción; pero de todos modos se respeta ese derecho propiamente dicho. Se propone la supresión de la propiedad de la tierra, de los objetos de consumo y de los medios de producción, pero será preciso, una vez hecho esto, legislar aun para obligar á los hombres á que trabajen.

En su forma primera, la esclavitud no era otra cosa que un medio de obligar á los hombres á trabajar. Después de haber revestido diversos aspectos, que la disimulaban más ó menos—propiedad de la tierra, impuestos, propiedad de los objetos de consumo y de los medios de producción—la esclavitud vuelve á su antigua forma apenas modificada—la obligación de trabajar.

Es pues evidente que la supresión de una de las tres causas de la esclavitud—los impuestos, la propiedad de la tierra y la propiedad de los objetos de consumo y de los medios de producción—no hará desaparecer la esclavitud, sino que tan sólo cambiará la forma, como ocurrió en otro tiempo en Rusia, donde la abolición de la servidumbre no dió la independencia á los campesinos, que cayeron en seguida bajo la tiranía del fisco. Hasta la supresión simultánea de estas tres causas no podrá emancipar á los hombres, pues será inmediatamente seguida del advenimiento de una nueva forma de esclavitud, no definida aun, pero que se anuncia ya en las legislaciones modernas, por medidas atentatorias á la libertad de los obreros.

Los reglamentos que disponen que el obrero tenga cierta edad, ciertas condiciones de salud, las leyes que limitan la duración de la jornada de trabajo, que obligan á ir á la escuela, que exigen el abandono de una parte de los salarios

para la asistencia de viejos é imposibilitados, las decisiones de las juntas de trabajo, y los estatutos de las cooperativas, son otros tantos síntomas de una nueva esclavitud desconocida todavía.

Es preciso pues convenir en que la esclavitud no depende exclusivamente de los tres principios de la legislación moderna, en los cuales se apoya hoy por hoy, ni de tal ó cual artículo de cualquier legislación; sino de la posibilidad misma de legislar, de ejercer el poder que se ha atribuído algunos hombres de redactar leyes útiles á sus intereses, y deducir que la esclavitud existirá mientras exista ese mismo poder.

En otras épocas, fué útil á los que gobernaban tener esclavos de quien disponer libremente; hicieron entonces leyes para esclavizar á los hombres. Después, les pareció conveniente tener tierras, exigir impuestos, gozar con completa seguridad de los bienes que habían adquirido; entonces promulgaron leyes adecuadas á tal objeto.

Hoy están interesados en mantener el actual sistema de repartición y división del trabajo; hacen leyes para obligar á los hombres á someterse á las exigencias de esta organización. La causa fundamental de la esclavitud radica, pues, en la existencia misma de cualquiera ley, en la existencia de una clase de hombres que tiene poder para hacer leyes.

XII

¿Qué es una ley, y qué es lo que da á los hombres el poder de hacer leyes? Existe una ciencia más antigua, más embustera, más confusa todavía que la Economía Política, y cuyos adeptos en el transcurso de los siglos han escrito millones de libros—y muy á menudo en contradicción unos con otros—para contestar á esas dos preguntas. Pero como el fin de esta ciencia, lo mismo que el de la Economía Política, no es exponer lo que

es y lo que debiera ser, se encuentran en ese enorme farrago de libros, innumerables disertaciones sobre el derecho considerado en sí mismo ó en sus diversas manifestaciones, sobre la idea del Estado, sobre multitud de otros temas tan oscuros para los maestros que hablan de ellos, como para los discípulos que tratan de comprenderlos, pero en ninguna parte se halla una definición clara de la ley.

Los sabios, nos dicen que la ley es la expresión de la voluntad del pueblo, pero en todas partes y siempre, los hombres que desean sinceramente el cumplimiento de la ley son mucho menos numerosos que los que desean violarla y que no la violan por temor únicamente á las penas que castigan la transgresión de aquélla. Es evidente, pues, que la ley no puede ser nunca considerada como expresión de la voluntad del pueblo.

Existen por ejemplo leyes que privan de deteriorar los postes telegráficos y llevar ciertos objetos más allá de ciertos límites, que prescriben rendir honores á ciertos

personajes, que obligan á todos los hombres á servir en los ejércitos y á tomar asiento como jurados en las salas de las Audiencias; otras, en fin, que prohíben dañar la propiedad ajena, y poner en circulación monedas falsas.

[Todas estas leyes y muchas otras además, conciernen á asuntos y casos muy diversos, y pueden tener motivos muy distintos. Pero ninguna de ellas expresa la voluntad del pueblo. Todas tienen ese carácter común: dan á los que las hicieron, siempre que sean violadas, el derecho de enviar hombres armados que se apoderarán del transgresor, le encerrarán y le matarán acaso.

Si alguien rehusa pagar las contribuciones, es decir, se niega á sacrificar una parte del producto de su trabajo, vendrán los hombres armados que le arrebatarán á la fuerza lo que no quiere dar, y si opone la menor resistencia, se apoderarán de él, le encerrarán y acaso le matarán. Lo propio le ocurrirá á cualquiera que pretenda disfrutar de una posesión sobre

la que la ley no le reconoce ninguna propiedad. También le pasará igual al que quisiese usar objetos de consumo ó instrumentos de trabajo, que no son legalmente considerados como suyos; los hombres armados, llegarán, le arrebatarán aquello de que se apoderara y si trata de oponer la más leve resistencia se apoderarán de él, le encerrarán ó le matarán. Igual suerte espera á cuantos no hayan rendido á ciertas personas las demostraciones de respeto que describe la ley, á cuantos rehúsen el servicio militar ó pongan en circulación monedas falsas. Por toda infracción á las leyes establecidas los delincuentes serán castigados; se les golpeará, se les aprisionará, se les matará quizás, por orden de los que han hecho las leyes.

Desde Inglaterra y América hasta el Japón y Turquía, muchas naciones han recibido cartas constitucionales para hacer creer á los hombres que su voluntad misma produce las leyes del país. Mas todo el mundo sabe que en todos los Estados, bien estén gobernados por un des-

potá ó se crean libres, como en América, Inglaterra y Francia, la ley no emana de la voluntad nacional, sino del capricho de los hombres que están en el poder, y que en todas partes y siempre, es lo que debe ser para servir los intereses de los gobernantes, sea cual fuere su número. De igual manera, siempre y en todas partes, se emplean para hacer ejecutar la ley los medios de que los hombres se sirven siempre para imponer su voluntad: los golpes, la cárcel y el asesinato. No puede ser de otra manera.

No puede ser de otra manera porque las leyes son reglas de las cuales es preciso asegurar la aplicación, y para obligar á los hombres á conformarse á ellas, es decir, á hacer lo que quieren otros hombres, no hubo jamás otros medios que los golpes, la cárcel ó la muerte.

Desde el momento en que hay leyes, precisa que haya una fuerza para hacerlas observar. Ahora bien, la sola fuerza que puede obligar á los hombres á observar ciertas reglas, á hacer lo que otros

han querido, es la violencia; no aquella simple violencia que los hombres emplean á veces unos contra otros en un arrebato de pasión, sino la violencia organizada, consciente, aquella precisamente de que se arman los gobiernos para asegurar la aplicación de sus decretos, es decir, para imponer sus voluntades.

Así, no busquemos ya la explicación de las leyes en la idea del Estado, en la común voluntad del pueblo ó en otras abstracciones tan vagas. La explicación está en el hecho de que algunos hombres pueden, usando de la violencia organizada, someter á sus deseos el resto de la humanidad.

La sola definición precisa, indiscutible, inteligente para todos, que se puede dar de las leyes, es la siguiente: las leyes son reglas establecidas por hombres que se apoyan en la violencia organizada, reglas que deben observarse bajo pena de golpes, de cárcel y hasta de muerte.

Esta definición contiene la respuesta á la segunda pregunta: ¿Qué es lo que da

á algunos hombres el poder de hacer leyes? Lo que da el poder de hacer leyes, es lo que permite también asegurar su ejecución: la violencia organizada.

XIII

La causa de la desdichada condición de los obreros es la esclavitud. La causa de la esclavitud es la existencia de leyes. Las leyes se apoyan en la violencia organizada.

No se podrá, pues, remediar la condición de la clase obrera, sino destruyendo la violencia organizada.

Pero la violencia organizada es el gobierno. ¿Y podemos vivir sin gobierno? Será el caos, la anarquía, la pérdida de todos los resultados de la civilización, la vuelta de todos los hombres á la barbarie primitiva. No atentéis contra el orden de

cosas establecido, dicen habitualmente, no sólo aquellos á quienes tal orden de cosas es provechoso, sino aquellos á quienes perjudica visiblemente, y que, sin embargo, á consecuencia de una larga costumbre, imaginan no poder vivir sin él. La destrucción de los gobiernos, añaden, causará las más grandes desdichas; violencias, saqueos, asesinatos, y como término y remate, la entronización de los malos y la esclavitud de los buenos. Se podría contestar que todos los azotes con que se nos amenaza, los hemos sufrido y los sufrimos aún. Me limitaré á hacer observar que todos los disturbios y desórdenes que podría provocar la destrucción de la organización actual, no prueban que esta organización sea defendible.

«Si atentáis contra el orden de cosas establecido, provocaréis los mayores desastres».

Supongamos que mil ladrillos están superpuestos unos á otros, formando una estrecha columna de centenares de metros de alto. Si tocáis uno solo de esos

ladrillos, los demás se derrumbarán y se romperán; pero la objeción de que no se pueda quitar un solo ladrillo ó darle el menor golpe sin que toda la columna se desmorone, no prueba de ningún modo que sea razonable dejar todos esos ladrillos apilados de esa manera extraordinaria é incómoda. Por lo contrario, esto prueba que es preciso poner fin á un arreglo que no ofrece seguridad, y disponer los ladrillos de modo que no estén expuestos á caer y á romperse, y también de manera que no se pueda remover ninguno de ellos sin destruir todo el edificio. Tal sucede con la organización del Estado moderno. El Estado es una construcción artificial y vacilante. La posibilidad de derribarlo todo al menor choque, está bien lejos de probar que sea necesario, y demuestra, en cambio, que si un día tuvo razón de ser, hoy es completamente inútil y por consiguiente dañino y peligroso.

Es dañino y peligroso porque á causa de él todo el mal que existe en la socie-

dad, en vez de disminuir y corregirse, aumenta y se afianza. Y el mal aumenta y se afianza porque tan pronto se disimula como se justifica y hasta se reviste de formas seductoras.

Esta prosperidad del mundo, esta obra tan alabada de los gobiernos fuertemente organizados, es decir, de los hombres que conducen los pueblos por la violencia, no es en realidad sino una apariencia, una ficción. Todo lo que turba esa belleza exterior, todos los hambrientos, todos los enfermos, todos los viciosos, están ocultos en sitios en que no podemos verlos; no aparecen, pero esto no prueba que no existan; existen, por lo contrario, y son mucho más numerosos cuanto que están mejor ocultos, y los que les han hecho su existencia tan horrible, no hacen, ocultándose, sino mostrarse más crueles con ellos. Es cierto que toda revolución, y más que toda otra, la que suprima los gobiernos de la violencia organizada, turbará la hermosa apariencia exterior de nuestras sociedades; pero no causará su

desorganización, pues hará que aparezca lo que hoy día está oculto, y así podremos remediarlo.

Los hombres han pensado, nan creído hasta fines de este siglo, que no podrían vivir sin gobierno. Pero la vida progresa y las condiciones de la vida, como las opiniones de los hombres, se transforman. A pesar de los esfuerzos de los gobiernos para mantener á los pueblos en un estado tal de idiotismo que el individuo mal tratado se felicite de tener á su lado á alguien que acoja sus quejas, los hombres, y en particular los obreros, tanto en Rusia como en el resto de Europa, ven desaparecer su ignorancia y empiezan á comprender las verdaderas condiciones de su vida.

«Nos aseguráis, dicen ahora las gentes del pueblo, que á vosotros sólo se debe que los pueblos vecinos, los chinos, los japoneses, no invadan nuestro país. Pero leemos los diarios y sabemos que nadie nos amenaza con una guerra. Sabemos que no debemos temer sino á vosotros,

los gobiernos, que con un fin que no podemos adivinar, enzarzáis á unos hombres contra otros, y luego, bajo pretexto de asegurar nuestra defensa, nos reclamáis impuestos enormes y nos arruináis para mantener las flotas, los ejércitos y los ferrocarriles estratégicos, útiles únicamente para vuestras ambiciones vanidosas, y que, para colmar la medida, emprendéis unos contra otros guerras parecidas á las que ahora hacéis á los pacíficos chinos. Decís que protegéis por interés nuestro la propiedad de la tierra, pero todos vuestros esfuerzos consiguen que todo el suelo pase á manos de compañías, de banqueros, de ricos, de todos los que no trabajan, mientras que nosotros, la enorme mayoría del pueblo, estamos completamente desposeídos y reducidos á depender de los ociosos.

»Vuestras leyes no protegen la propiedad de la tierra, permiten tan sólo que se arrebaté la tierra á los que la trabajan. Impedís, al decir vuestro, que se despoje á nadie de los productos de su trabajo,

pero en realidad hacéis lo contrario; los hombres que producen con sus manos toda especie de objetos preciosos, no pueden hallar siquiera en vuestra pretendida protección el medio de hacerse pagar por su trabajo un precio equivalente á su valor y á su vida entera que está en poder de los que no trabajan».

Así es cómo los hombres del pueblo que empiezan por fin á comprender, hablan ya de nuestro siglo. Su inteligencia, despertada del letargo en que la tenían los gobiernos, hace rápidos progresos. Durante los cinco ó seis últimos años, las ideas del pueblo, en las aldeas y en las ciudades, en Rusia como en el resto de Europa, se han transformado de una manera asombrosa.

Se dice que con los gobiernos desaparecerán las grandes obras sociales, los establecimientos de instrucción y de educación que son de utilidad pública.

¿Pero qué razones hay para hacer suposición parecida? ¿Por qué pensar que sin gobierno los hombres, trabajando en

su propio interés, no sabrán organizar la sociedad tan convenientemente como lo hacen hoy en favor ajeno, nuestros gobernantes actuales?

Vemos por lo contrario en nuestros días, en circunstancias bien diversas, que los hombres consiguen por sí mismos organizar obras útiles con más facilidad que lo consiguen los gobiernos. Vemos desarrollarse sin el apoyo gubernamental, y á menudo á pesar de su oposición, toda especie de fundaciones sociales: asociaciones de obreros, cooperativas, compañías de caminos de hierro, sindicatos. Suponiendo que es preciso para crear una obra parecida reunir determinada suma de dinero, ¿por qué creer que los hombres no proporcionarán voluntariamente los medios necesarios y no harán lo que se hace hoy día, merced á los impuestos, si el fin de la empresa debe ser verdaderamente provechoso para la sociedad? ¿Por qué pensar que no puede haber tribunal sin violencia? Siempre han existido, existen aún tribunales que obtienen la con-

fianza de las partes litigantes, sin que hayan menester acudir á la violencia. De tal modo estamos corrompidos por una larga esclavitud, que no podemos concebir que los hombres se administren sin gobierno. Esto ocurre sin embargo. Los campesinos rusos que emigran y van á establecerse en comarcas lejanas donde el gobierno no puede inmiscuirse en sus asuntos, organizan por sí mismos la administración, la justicia y la policía de sus comunidades, que florecen hasta que llega la intervención del gobierno y sus procedimientos violentos. No hay razón para pensar que los hombres no puedan ponerse de acuerdo libremente para repartirse entre ellos las tierras poseídas en común.

En otro tiempo existía en el Ural una colonia de cosacos que no conocían la propiedad personal de la tierra. El orden y la prosperidad reinaban sin embargo entre aquellas gentes, más dichosas de fijo que las que viven en sociedades donde la propiedad de la tierra está protegida por

la violencia. Existen aún hoy día municipalidades que rehúsan á las personas el derecho á poseer tierras. En un tiempo que todavía está presente en mi memoria, ocurría lo mismo en toda la extensión de Rusia. La protección de la propiedad de la tierra por la violencia de los gobiernos, no impide la lucha de envidias y codicias, sino que por lo contrario, la provoca y la exaspera. Sin ella, el valor de la tierra no hubiera aumentado y los hombres no se amontonarían en estrechas comarcas, en vez de dispersarse é ir á colonizar los vastos yermos que cubren aún una gran parte del globo. No ha servido sino para empujar los hombres unos contra otros, para armarles para esa pelea de intereses que ha suscitado, que jamás cesa y de la que salen siempre vencidos los trabajadores de la tierra, siempre victoriosos los cómplices de la violencia.

Los hombres no tienen tampoco necesidad de ser protegidos por la violencia para gozar en paz de los objetos necesarios para la vida y que fabricaron con sus

manos. Tal derecho les ha sido siempre suficientemente garantizado por la costumbre, por la opinión pública, por el sentimiento de la justicia y de la solidaridad social.

El que posee diez mil deciafinas de bosque, cuando cerca de él existen millares de hombres que carecen de leña para calentarse, aquél tiene necesidad de ser protegido por la violencia. Esta protección es también necesaria á los patronos de talleres y fábricas en que se explotan generaciones enteras de obreros, y lo es más aun al mercader que guarda en sus almacenes centenares de millares de medidas de trigo, esperando un año de mala cosecha para venderlo con escandaloso beneficio á las poblaciones hambrientas.

Peró nadie, como no sean los ricos y los hombres de Estado, tiene la conciencia bastante pervertida para quitar á un labrador, que vive de su trabajo, la cosecha que hizo brotar penosamente de la tierra, la vaca que ha criado y cuya leche alimenta á sus hijos, las rejas, las hoces ó las

palas que ha fabricado para su uso. Si verdaderamente hubiese un hombre capaz de quitar á otros hombres los objetos que han producido por sí mismos y que les son necesarios, ese hombre levantaría contra él tal indignación entre los obreros, que me parece que no podría felicitarse de los resultados de semejante acción. Si á pesar de ello había alguno bastante desprovisto de moralidad para no asustarse de los resultados ciertos de su injusticia y se decidía á arrosarlos, es seguro que tampoco retrocedería ante las amenazas de los protectores oficiales de la propiedad. Se dice comunmente: si suprimís la propiedad de la tierra y de los productos del trabajo, los hombres, expuestos á todas las espoliaciones, renunciarán á trabajar y á producir lo que no estén seguros que quede en su poder. Yo creo que debería decirse: el sistema de violencias que protege actualmente una injusta propiedad, si no la ha destruído completamente, por lo menos ha debilitado de un modo sensible entre los hombres la idea natural

de justicia que manda no usurpar á los otros los necesarios objetos de consumo que son producto del trabajo personal, —es decir, la noción innata del verdadero derecho de propiedad, sin la cual la humanidad no puede vivir, y que ha existido y existe aún en la sociedad.

Así, pues, no tenemos ninguna razón para pensar que, si desapareciera la violencia organizada, los hombres no podrían organizar de un modo ventajoso su vida.

Sin duda alguna, es necesario que los hombres, criaturas razonables, empleen la violencia para que la vida de los caballos y de los bueyes sea productiva. ¿Pero por qué los hombres han de sufrir á su vez la violencia de otros seres que no son sus superiores, sino sus semejantes? ¿Por qué han de someterse á las violencias de aquellos que en un momento dado detentan el poder? ¿Está probado siquiera que esos gobernantes sean dignos por sus cualidades de dirigir á la humanidad?

El solo hecho de permitirse usar de violencia con sus semejantes, demuestra, por

lo contrario, que su razón es inferior á la de los hombres que les están sometidos. Los exámenes que en China han de sufrir aquellos que aspiran al cargo de mandarines, no garantizan, según las pruebas que tenemos de su ineptitud, que el poder se entrega á los mejores y más razonables de entre los hombres. En Europa, la herencia, las condiciones requeridas para el ascenso de los funcionarios, las mismas elecciones, no nos ofrecen mayor seguridad. Sucede en efecto que llegan al poder siempre los hombres de menos conciencia y los más desprovistos de moralidad.

Se dice: ¿cómo los hombres podrían vivir sin gobierno, es decir, sin temor á la violencia? Debíase decir, por lo contrario: ¿cómo los hombres, seres razonables, pueden vivir así agrupados en sociedades por el común temor á la violencia y no por el consentimiento razonable de cada uno de ellos?

Una de dos: los hombres son ó no son seres razonables. Si no son razonables,

no cabe establecer entre ellos diferencias acerca de su razón, y entonces todo deberá regirse por la violencia, sin que haya motivo alguno para conceder á uno y no á todos el derecho de usar de la violencia. Esto es la condenación de los gobiernos. Si los hombres son razonables, sus relaciones deben estar fundadas sobre la razón y no sobre la violencia de aquellos de entre ellos que, por azar, se apoderaron del poder. Esto también condena la existencia de los gobiernos.

XIV

La esclavitud de los hombres es la consecuencia de las leyes; las leyes, se establecieron por los gobiernos. Para libertar á los hombres, no hay más que un medio, la destrucción de los gobiernos.

¿Cómo derribar á los gobiernos?

Todas las tentativas que hasta aquí se han hecho en diversos países para derribar los gobiernos por la violencia, no han conseguido jamás sino substituir al que se destruyó por un nuevo gobierno, á menudo más cruel que el primero.

Dejando aparte los ensayos de épocas pasadas, la destrucción del régimen ca:

socialista, la socialización de los medios de producción y el advenimiento de una nueva organización económica, en una palabra, la revolución que los socialistas anuncian como próxima, se cumplirá también, según dicen, por la violencia organizada y también, siempre según su propia confesión, por la violencia organizada será preciso mantener las nuevas formas sociales. Así la tentativa que puede hacerse mañana para destruir la fuerza por la fuerza, y que por lo mismo será una nueva tentativa más, parecida á las anteriores, no abolirá el reinado de la violencia, ni por consiguiente pondrá fin á la esclavitud de los hombres.

No podría ser de otra manera.

A menos que no estén empujados por la cólera ó por algún deseo de venganza, los hombres no emplean la violencia con sus semejantes sino para imponer á éstos su voluntad, y cuando los hombres se ven obligados á obedecer á su pesar á una voluntad extraña, son esclavos. Así, mientras reine la violencia, como que única-

mente se emplea en someter á los hombres á la voluntad de otros hombres, la esclavitud no habrá cesado de existir.

Tratar de destruir la violencia por la violencia, es querer extinguir el fuego con el fuego, inundar un país para dar salida á las aguas de un río que se desborda, es abrir un agujero en el suelo para tener tierra con que llenar otro agujero.

Si existe, pues, un medio para destruir la esclavitud, no puede ser instituyendo un nuevo sistema de violencia, sino aniquilando lo que hace posible la violencia de los gobiernos. Estos, es decir, un corto número de hombres, no pueden usar de la violencia contra la gran mayoría de los hombres, sino cuando están armados y sus víctimas desarmadas, ó, por lo menos, si no están mejor armados que sus víctimas.

Gracias á esta desigualdad todos los conquistadores han realizado sus proezas; por ella, los griegos, los romanos, los conquistadores españoles, sometieron naciones, y por ella aun en nuestros días se

sojuzga á pueblos enteros en Africa y en Asia, y también por ella en tiempo de paz los gobiernos mantienen á sus súbditos en una respetuosa sumisión.

Hoy, como en otras épocas, cuando unos hombres gobiernan á otros hombres, puede asegurarse que aquéllos están armados, y que éstos no lo están.

¡ Todos los guerreros que iban con sus jefes á atacar pueblos indefensos y los sometían y despojaban de sus bienes, recibían una parte del botín, proporcionado á sus servicios, al valor, á la crueldad de cada uno, y así sacaban un provecho positivo de su victoria. Pero ahora, los hombres, obreros en su mayoría, á quienes se hace tomar las armas para atacar á gentes indefensas, á huelguistas, á sublevados, á habitantes de otros países, y someterlos y forzarlos á dar su trabajo, que es toda su riqueza, esos hombres, por sus violencias, no sirven sus propios intereses, sino los de algunos ambiciosos que no han compartido siquiera sus pe-
 LOS.

Entre los antiguos conquistadores y los gobiernos actuales no hay sino esta diferencia. Los conquistadores iban ellos mismos á la cabeza de sus guerreros á atacar pueblos indefensos, y si éstos no cedían á sus amenazas, contribuían por sí mismos á torturarles y asesinarles. Hoy los gobiernos no atormentan ni asesinan por sí mismos á los pueblos desarmados que rehusan someterse á su poder. Hacen realizar esa tarea por hombres escogidos entre los habitantes de las naciones que oprimen, por hombres que se han prestado á sus manejos indignos y á los cuales, para asegurar mejor la ejecución de sus designios, han convertido poco menos que en bestias feroces. Los conquistadores realizaban su obra á costa de esfuerzos personales; eran activos, valientes y crueles. Los gobiernos consiguen su objeto por la astucia y la mentira.

Por ello, en otras épocas, para rechazar la violencia de los hombres armados, debían armarse los hombres y oponer á la violencia armada otra violencia arma-

da también. Pero hoy que el pueblo está amenazado no sólo por la simple violencia, sino por la astucia que sirve á aquella de auxiliar eficaz, es preciso para destruir las violencias, desenmascararla y hacer patentes las mentiras en que se apoya.

Esta mentira, héta aquí tal como la imaginaron algunos hombres á quienes por herencia ha tocado un poder instituído por los conquistadores en otras épocas: «Sois numerosos, dicen estos hombres á sus pueblos. Sois poco inteligentes é ignorantes, y no podéis ni dirigiros vosotros mismos, ni organizar todos los servicios y todas las obras susceptibles de producir una utilidad social. Vamos á encargarnos de todo esto; os defendemos contra vuestros enemigos exteriores, dispondremos y haremos mantener el orden que deberá reinar entre vosotros, os daremos tribunales, fundaremos y dirigiremos para vosotros establecimientos y servicios útiles, cuidaremos de las escuelas, de las carreteras, de los correos y,

en general, nos esforzaremos en asegurar vuestro bienestar. A cambio de tanto celo, os pedimos únicamente mínimas concesiones, por ejemplo, que nos deis una pequeña parte de vuestras rentas y que sirváis en los ejércitos, de los cuales necesitamos para defenderos y gobernaros».

La mayoría de los hombres aceptan ese pacto, no porque hayan pesado sus ventajas é inconvenientes (jamás les ha sido posible hacerlo), sino porque desde que nacieron están sometidos á él. Si uno de ellos duda por un momento de que aquella organización sea necesaria, bien pronto se rinde á las razones de su egoísmo, el cual le representa todo lo que debería temer si rehusara cumplir las cláusulas del contrato, las cuales puede procurar explotar en provecho propio. Todos suscriben el pacto que se les propone pensando que la obligación de ceder al Estado una pequeña parte de sus rentas y consagrar algún tiempo de su existencia á servir en los ejércitos, no les producirá en suma grave perjuicio. Sin embargo,

los gobiernos, desde que tienen á su disposición dinero y soldados, en vez de cumplir la obligación que aceptaron de defender á sus súbditos contra los enemigos del exterior y de velar por su prosperidad, hacen cuanto pueden para irritar á los pueblos vecinos y provocar guerras. No solamente no contribuyen á la prosperidad de los pueblos, sino que les arruinan y les pervierten.

En las *Mil y una noches* se cuenta que un viajero que llegó á una isla desierta, encontró á un anciano con las piernas inútiles, que estaba sentado en el suelo junto á un arroyo. El viejo rogó al viajero que le pasara sobre sus hombros á la orilla opuesta. Habiendo obtenido una respuesta favorable, el viejo se encaramó sobre los hombros del viajero, y en seguida le ciñó las piernas sólidamente alrededor del cuello negándose á soltarle. Una vez dueño del viajero, el anciano hizo de él cuanto deseaba. Le hacía correr á su voluntad, le obligaba á acercarse á los árboles de los que recogía y comía los fru-

tos, sin que le recompensara más que con injurias.

La aventura de este viajero tiene muchos puntos de semejanza con la de los pueblos que han dado á sus gobiernos dinero y soldados. Este dinero sirve á los gobiernos para comprar armas y para hacer educar especialmente y pagar después á jefes militares irresponsables y feroces. Estos jefes, por procedimientos ingeniosos de embrutecimiento, perfeccionados en el transcurso de los siglos, forman con todos los hombres que proporcionan los reemplazos, ejércitos disciplinados. La disciplina es un método particular para la educación de los hombres, á los cuales en breve espacio de tiempo consigue privar de la cualidad más preciosa é importante de la naturaleza—la razón libre—y les reduce al papel de máquinas, de instrumentos de carnicería entre las manos de sus superiores jerárquicos.

No sin razón los emperadores, los reyes y los presidentes tienen en tanta es-

tema la disciplina, se asustan cada vez que se viola, y dan importancia tan considerables á las revistas, á las maniobras, á las paradas, á los desfiles y á todas las farsas de igual género. Saben que todas esas manifestaciones públicas, sirven para fortificar la disciplina, y que sólo ésta garantiza su poder y hasta algunas veces su existencia. Se aferran al sistema de los ejércitos disciplinados porque les proporciona el medio de hacer realizar por otros hombres los horribles crímenes cuyo espantajo basta para encorvar á los pueblos bajo sus leyes.

◊ La necesidad de los ejércitos disciplinados es la mentira, merced á la cual, los gobiernos reinan sobre los pueblos. Basta que un gobierno disponga de este instrumento de violencia y de asesinato para que tenga autoridad sobre un pueblo entero. Desde entonces no le soltará más, le arruinará, y para escarnecerle, procurará por medio de una educación pseudo-religiosa y patriótica, hacer de él su devoto, su adorador, á pesar de que le mantiene en la esclavitud y le atormenta.

Tenemos, pues, un medio de derribar los gobiernos; es denunciar á los hombres la mentira oficial. Es preciso hacerles comprender que en el mundo cristiano, los hombres no tienen necesidad alguna de ponerse en guardia unos contra otros, que los odios entre los hombres los provocan los gobiernos mismos por la cuenta que les tiene, que los ejércitos son útiles tan sólo á los pocos hombres que gobiernan, é inútiles y funestos á los pueblos, de los cuales facilitan la esclavitud. Precisa también patentizar que esta disciplina, que tanto gusta á los gobiernos, se funda en el mayor crimen que pueda cometerse contra la humanidad, y que el empleo sistemático que de ella hacen los gobiernos prueba claramente la maldad de sus designios. La disciplina es la muerte de la razón y de la libertad humanas; no puede, por consiguiente, tener otro objeto que preparar la ejecución de atrocidades tan indignas, que todo hombre en estado normal rehusaría ejecutar. Hasta es inútil en una guerra de defensa nacio-

nal, como recientemente nos lo demuestra el ejemplo de los boers. El único objeto de la disciplina es el que ha explicado claramente Guillermo II—hacer que los hombres maten, sin creer que cometen un crimen, á sus hermanos y á sus padres.

Como se vé, los gobiernos obran de igual manera que el viejo del cuento, que encaramado sobre los hombros del infeliz que consiente en llevarle, se burla de éste á su gusto, sabiendo que le puede dominar mientras le soporta sobre sus espaldas.

Esta mentira terrible, bajo la cual se amparan algunos hombres malos que gobiernan á los pueblos y los arruinan y pervierten desde la cuna, generación tras generación, es la mentira que debemos denunciar y confundir si anhelamos destruir los gobiernos y su producto natural, la esclavitud.

Un escritor alemán, Eugenio Shmidt, ha publicado con su firma en el periódico que dirige en Budapest, el *Ohne Staat*,

un artículo excelente en que la audacia de las ideas es tan grande como la fuerza y la audacia del lenguaje.

Poco más ó menos dice esto: «los gobiernos que justifican su existencia por la seguridad relativa que procuran á sus súbditos, son comparables al bandido calabrés que prometía á los viajeros que encontrarían libre el camino si consentían en pagarle un tributo.» Por este artículo Shmidt fué procesado, pero el jurado le absolvió.

De tal modo estamos hipnotizados por los gobiernos, que esta comparación nos parece una exageración, una paradoja, una broma. Nada de ello tiene sin embargo. Si contiene alguna inexactitud estriba en que no dice que la obra de los gobiernos es mucho más inhumana, cien veces más, y sobre todo más funesta que la del bandolero de Calabria. Este, despojaba con preferencia á los ricos, los gobiernos despojan preferentemente á los pobres, y favorecen á los ricos que les ayudan en sus crímenes. El bandido, arriesgaba su

vida; los gobernantes no aventuran su piel, y sólo obran valiéndose de la astucia y de la mentira. El bandido no alistaba á nadie por fuerza en su cuadrilla; los gobiernos, alistan sus soldados, casi siempre á la fuerza. El bandido, ofrecía indistintamente iguales garantías de seguridad á todos los que le pagaban tributo; los gobiernos, protegen y recompensan á los hombres en proporción á la parte que toman en la organización de la mentira. El más protegido (siempre es el mejor guardado) es el Emperador, el Rey ó el Presidente; es también el que gasta más dinero, y todo el dinero que gasta está tomado de las rentas que produce el impuesto pagado por los súbditos.

Después de él, siguiendo la colaboración más ó menos activa que ejercen en los crímenes del gobierno, vienen los Generales en jefe, los Ministros, los Prefectos de policía, los Gobernadores, etcétera..., y en último término los municipales y agentes policíacos que son los menos retribuidos y los menos defendidos de to-

dos los funcionarios. Todo hombre, por fin, que no quiere participar en modo alguno en el crimen de los gobiernos, que rehusa servir, pagar los impuestos, respetar la justicia oficial, se ve maltratado por el jefe del Estado, como lo era por el bandido calabrés el viajero que no consentía en entregarle su dinero. Pero los bandidos, sean quienes fueren, no ejercen el oficio de pervertir á los hombres; los gobiernos, por lo contrario, pervierten generaciones enteras por la enseñanza del patriotismo y de una falsa religión. En fin, el bandido más cruel, ya se llame Stenka, Rasine ó Cartouche, no puede ser comparado, por su dureza, su perversidad y lo fértil de su imaginación de atormentador, no ya á los más célebres malvados coronados, tales como Juan el Terrible, Luis XI y las Isabeles, ni siquiera á los gobiernos constitucionales y liberales de hoy día, cuyas prisiones celulares, batallones disciplinarios, matanzas de sublevados y guerras sangrientas, sobrepujan cuanto se ha visto en el género.

Los gobiernos, como las iglesias, no pueden inspirar sino piedad ó disgusto. Mientras el hombre no ha comprendido lo que es un gobierno ó una iglesia, lo natural es que sienta hacia ellos un piadoso respeto. En tanto que se deja guiar por ellos, debe creer, para satisfacción de su amor propio, en su grandeza y santidad. Pero desde que advierte que no hay en el gobierno ni en la iglesia nada absoluto ni sagrado, y que son simplemente invenciones de los malos para imponer al pueblo, de un modo disimulado, un método de vida que sea útil á sus intereses, siente en seguida una impresión de asco por los que le engañan indignamente, y su decepción es tanto más profunda cuanto que la ficción de la cual descubre la vanidad le guiaba en otro tiempo en las cuestiones más graves.

Los hombres experimentarán este disgusto hacia los gobiernos cuando hayan comprendido el verdadero sentido de estas instituciones.

Comprenderán que si participan en la

obra de los gobiernos, dando una suma de dinero que representa una parte de los productos de su trabajo, ó sirviendo en los ejércitos, no realizan con ello un acto indiferente, como se cree por regla general, sino un acto culpable, porque, además del perjuicio que habrán causado así á sus hermanos y á sí mismos, habrán aceptado la colaboración en los crímenes que todos los gobiernos no cesan de cometer, y en la preparación de los crímenes futuros, para los cuales los gobiernos mantienen los ejércitos disciplinados.

A despecho de la fascinación que los gobiernos ejercen sobre los pueblos, pronto habrá pasado el tiempo en que los súbditos tenían para sus amos un temor casi religioso. El momento se aproxima en que el mundo comprenderá al fin que los gobiernos son instituciones inútiles, funestas é inmorales en alto grado, que un hombre que se respeta no debe sostener ni explotar en provecho propio.

Quando los hombres hayan comprendido esto, cesarán de colaborar en la obra

de los gobiernos proporcionándoles soldados y dinero. Entonces caerá por sí misma la mentira que hace que los hombres sean esclavos. No hay otros medios para libertar á la humanidad.

XV

«Estas ideas generales, justas ó injustas, son inaplicables.» Esto me contestan los hombres que están acostumbrados á su posición, y que no creen posible ni deseable cambiarla en lo más mínimo.

»Deberais decir, añaden, lo que es preciso hacer, y cómo convendría organizar la sociedad».

Los hombres de la clase rica que están como el ratón dentro del queso, en su situación privilegiada, se hallan tan á gusto, que cuando se trata de mejorar la suerte de los obreros, se apresuran, siguiendo en su papel de dueños, á presen-

far proyectos de toda especie para la organización de la existencia de sus esclavos. Pero no se les ocurre que no tienen ningún derecho á inmiscuirse en asuntos que interesan á otros hombres, ni que, si de veras anhelan favorecer á sus semejantes, deben ante todo cesar de cometer sus malas acciones. Estas malas acciones, se definen de un modo preciso y claro. Es malvado por su parte, no solamente gozar del trabajo forzado de numerosos esclavos y de no querer renunciar á este goce, sino también participar de algún modo en la organización y en el mantenimiento de un régimen de esclavitud. Todo esto, debe cesar.

Los obreros, por su parte, están tan hondamente pervertidos por las costumbres de su condición servil, que achacan toda la responsabilidad de sus miserias á sus patronos, que no les pagan bastante y que detentan los medios de producción. Pero no se les ocurre que su desdichada suerte, depende únicamente de ellos mismos, y que si buscan verdaderamente no

ya la garantía de mezquinos intereses personales, sino la mejora de su suerte y la de sus hermanos, deben, ante todo, dejar de ejecutar el mal que hacen; es decir, no tratar de mejorar su condición por los mismos medios que les han reducido á la esclavitud, no consentir para la satisfacción de sus costumbres en sacrificar su dignidad de hombres libres, en cumplir acciones que envilecen ó son inmorales, en producir con su trabajo objetos inútiles ó perniciosos, y sobre todo no sostener á los gobiernos por el servicio militar ó por el pago de los impuestos, en otros términos, no contribuyendo á su propia esclavitud.

La situación del pueblo no podrá mejorarse, si los obreros y los individuos de la clase rica no comprenden al cabo que cuantos quieran servir á los hombres, deben sacrificar su egoísmo, y que, si realmente anhelan socorrer á sus hermanos y no satisfacer codicias personales, deben estar dispuestos á cambiar por completo su vida, renunciar á sus costumbres, á

perder las ventajas de que gozan, á sostener una lucha encarnizada con los gobiernos, con ellos mismos y con sus familias, y aprestarse, en fin, á desafiar la persecución por el desprecio de las leyes.

¿Qué es preciso hacer? La respuesta es muy sencilla, muy clara, y todo hombre puede aplicarla; pero no es la que esperaban los individuos de la clase acomodada, absolutamente convencidos de que están llamados, no á corregirse á sí mismos (piensan que no pueden ser mejores) sino á instruir y á organizar á los demás hombres; ni como la esperaban los obreros, persuadidos de que los autores responsables de su miseria son los capitalistas, y que les bastará para ser por siempre dichosos, tomar y poner al alcance de todos los objetos de lujo de los cuales los capitalistas son los únicos que hoy disfrutan. Esta contestación es muy sencilla y fácilmente aplicable, porque impulsa á cada uno de nosotros á hacer obrar á la única persona sobre la cual tenemos un poder real legítimo y cierto, es decir, uno mis-

mo, y que se contiene en estas palabras: todo hombre que querrá mejorar, no solamente su propia situación, sino también la de sus hermanos, deberá cesar de cometer los malos actos que son la causa de su esclavitud y la de sus hermanos. Deberá, en primer lugar, no participar ni voluntaria ni obligatoriamente en la obra de los gobiernos, y por lo tanto, no aceptar jamás las funciones de soldado ni de capitán general, ni de ministro, ni de recaudador de contribuciones, ni de testigo, ni de alcalde, ni de jurado, ni de gobernador, ni de miembro de un parlamento, pues todas ellas se ejercen con apoyo de la violencia; en segundo lugar, no debe pagar á los gobiernos ni los impuestos directos ni los indirectos, ni recibir dinero del fisco en forma de sueldo, pensiones ni recompensas, no pedir jamás un servicio á los establecimientos sostenidos por el Estado con recursos del pueblo; y en tercer término deberá no pedir jamás á la violencia de los gobiernos ni que le garantice la propiedad de una tierra ni

de un objeto cualquiera, ni que defiendan su persona ó la de sus allegados, y no aprovecharse de la tierra ó de todos los productos de su trabajo ó del trabajo ajeno, sino en la medida necesaria para que no queden sin ellos otros hombres.

«Todo eso es imposible, se me contesta, pues es imposible rehusar toda participación en la obra de los gobiernos.» El hombre que rehusa hacer su servicio militar será encarcelado; todo aquel que rehusa pagar los impuestos, será castigado y se le confiscará una parte de sus bienes; el que rehusa servir al gobierno, cuando no tenga otro medio de existencia se condenará y condenará á su familia á morir de hambre; el que rehusa poner su propiedad y su persona bajo la protección del gobierno, acabará de igual modo; en fin, es imposible no hacer uso de objetos sometidos á gravámenes fiscales, puesto que casi siempre, los objetos de primera necesidad se hallan en tales condiciones. También es igualmente imposible no recurrir jamás á los servicios públicos or-

ganizados por los gobiernos, no utilizar jamás el correo, los caminos, etc...

Es absolutamente cierto que es difícil á un hombre de nuestro tiempo no participar en algún modo en la violencia de los gobiernos. Pero que todos los hombres no puedan organizar su vida de manera que no resulten en ningún caso colaboradores de los gobiernos, esto no prueba que no puedan poco á poco liberarse más y más de la violencia.

Todos los hombres no tienen el valor de rehusar el servicio militar (hay sin embargo hombres que lo hacen), pero todo hombre puede no escoger las carreras del ejército, de la policía, de la magistratura ó de la administración, y puede preferir á un empleo público bien retribuido un oficio independiente, aunque menos remunerador. Todos los hombres no tienen la fuerza de voluntad de renunciar á la propiedad de la tierra (hay sin embargo hombres que lo hacen), pero todo hombre puede, comprendiendo que son criminales, restringir voluntariamen-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE MONTERREY, MEXICO

te sus derechos. Todos los hombres no son capaces de abandonar el capital que poseen (hay sin embargo hombres que lo hacen) y renunciar á los derechos de propiedad que la violencia les asegura sobre ciertos objetos; pero todo hombre puede disminuir sus necesidades, y concederse cada vez menos cantidad de esos gozes que excitan la envidia de los otros hombres. Todos los hombres no pueden rehusar recibir una paga del Estado (hay hombres, sin embargo, que antes prefieren pasar hambre que desempeñar algún indigno empleo público), pero todo hombre puede preferir un empleo modesto á un gran beneficio, para contribuir así menos á la violencia. Todos los hombres no pueden rehusar las lecciones que se dan en las Universidades (hay sin embargo hombres que lo hacen), pero todo hombre puede preferir una escuela particular á una escuela del Estado. Todos los hombres pueden hacer cada vez menos consumo de los objetos sometidos á gravámenes fiscales y de los servicios dirigidos por el Estado.

Entre el orden de cosas actual, fundado en la grosera violencia, y el ideal de la vida social en que los hombres resultarán unidos por un sentimiento racional y en que únicamente las costumbres mantendrán la cohesión, existen innumerables grados, que la humanidad, siempre en marcha, recorre sucesivamente. Pero los hombres no se acercan á este ideal sino libertándose gradualmente, desacostumbrándose de la violencia, renunciando á aprovecharse de ella.

No sabemos, ni podemos prever, ni determinar según hacen nuestros pretendidos sabios, cómo se realizará este debilitamiento de los gobiernos y esa liberación de los hombres; no sabemos cuáles serán las formas de la vida social en los diversos momentos de su evolución, pero sabemos de un modo fijo que la existencia de los hombres que, habiendo comprendido la inmoralidad y la funesta influencia de los gobiernos, se esforzarán en no contribuir á ella y en no aprovecharla, será muy distinta y más conforme á las

leyes de la vida y de nuestra conciencia que la existencia actual de los hombres que, participando de la violencia de los gobiernos, y beneficiándose de ella, fingien combatirla y tienden únicamente á cambiar su forma.

Lo que es importante observar es que la situación actual de la sociedad, es mala; en esto, todos estamos de acuerdo. Conduce á la esclavitud y vemos que reposa sobre la violencia de los gobiernos. Para destruir la violencia de los gobiernos, los hombres no tienen sino un medio, no participar más en esta violencia. Logrado esto, que sea ó no difícil á los hombres abstenerse de contribuir á la obra de los gobiernos, y que el porvenir esté próximo ó lejano en que el mundo recogerá los buenos resultados de esa abstención, todo eso es de poca importancia. Los hombres no tienen sino un medio de liberación; deben aprovecharlo.

¿En qué medida y cuándo será reemplazado en las sociedades el reinado de la violencia por el del consentimiento li-

bre y razonable de los hombres? Eso dependerá del número de hombres que en cada país tendrán conciencia del mal, y del grado de claridad con que lo advertirán. Cada uno de nosotros, aisladamente, puede colaborar al movimiento general de la humanidad, ó, por lo contrario, ponerle obstáculos. Cada uno de nosotros deberá escoger: ir contra la voluntad de Dios, construyendo sobre la arena la frágil morada de su vida ilusoria y pasajera, ó dirigir sus esfuerzos en el sentido del eterno, del inmortal movimiento de la vida verdadera, conforme á la voluntad de Dios.

Pero quizá yo me engaño y se debe sacar de la historia de la humanidad muy distintas conclusiones. La humanidad no marcha hacia la liberación, y quizá podría probarse que la violencia es un factor necesario del progreso; que el Estado, con toda su violencia, es una forma necesaria de la vida, y que la desdicha de los hombres sería mayor si desaparecieran

sen los gobiernos, la propiedad y la protección de los bienes y de las personas.

Admitamos que esto sea verdad y que todo lo que he dicho hasta aquí sea, por lo contrario, inexacto.

Hay un asunto que debe preocupar á todos nosotros tanto por lo menos como las consideraciones generales sobre la vida de la humanidad. Es este asunto saber qué partido tomará cada uno para la dirección de su vida personal. Y todas las disertaciones posibles sobre las leyes generales de la vida no impedirán que el hombre esté obligado á no hacer lo que considere como peligroso y malo.

«Podrá ser, dirá todo hombre sincero y honrado, que un gobierno de violencia sea necesario para la dicha de las sociedades. Puede que esto esté probado por

la historia y que vuestras disertaciones sean exactas. Pero el asesinato es un mal, y no necesito ninguna disertación para comprenderlo perfectamente. Pidiéndome, bien el servicio personal en un regimiento, bien dinero para pagar y armar soldados, comprar cañones, construir acorazados, me pedís simplemente que contribuya á cometer asesinatos, y no solamente yo no quiero, sino que no puedo hacer esto. Del mismo modo, no quiero y no puedo disfrutar del dinero que con amenazas de muerte habéis obtenido de hombres hambrientos, no quiero gozar de la tierra y de los capitales que protegéis, pues sé que les protegéis merced al asesinato.

»He podido hacer esto, mientras no comprendí el crimen que se perpetraba haciéndolo. Pero ahora he visto, y no puedo olvidar y no puedo participar ya en vuestra obra.

»Sé que todos estamos tan fuertemente sometidos á la violencia que nos es muy difícil vencerla, pero haré, sin embargo,

todo cuanto podré para no favorecerla, para no ser su cómplice, y me esforzaré en no aprovecharme jamás de lo que fué adquirido y está defendido por la violencia.

»No tengo sino una vida, y ¿por qué en esta vida tan corta me convertiría, contra la voz de mi conciencia, en el colaborador de vuestros horribles crímenes?

»No quiero ser, y no seré más lo que era.

»Lo que saldrá de todo esto, lo ignoro, pero creo que no puedo engendrar nada malo, si obro siempre como mi conciencia me ordena».

Así es como todo hombre sincero y honrado de nuestro tiempo, responderá á los que querrán probarle la necesidad de los gobiernos y de la violencia, á los que le mandarán ó le pedirán que contribuya á ejercer actos de violencia.

Tanto es así, que el juez supremo y

soberanamente justo que reside en nosotros mismos, y se llama nuestra conciencia, confirma en cada uno de nosotros los resultados de las consideraciones generales que acabo de presentar.

CONCLUSION

Después de leer este estudio, muchos exclamarán:

«Siempre el mismo sistema: por una parte, la destrucción del orden de cosas actual, sin indicación de ninguna nueva organización propia para reemplazarle; por otra parte, la antiquísima teoría de la inacción. La obra de los gobiernos es mala, mala también la obra de los socialistas y anarquistas; en una palabra, toda práctica es mala, sólo es bueno una especie de acto moral, espiritual, que se de-

fine en términos muy vagos, pero que debe conducir al mundo al caos y á la inmovilidad».

Así hablarán, ya lo sé, muchos hombres serios y sinceros.

Una cosa sobre todo indigna á los hombres, en la hipótesis de la supresión de todo gobierno. Piensan con terror que la propiedad no estará protegida, y que por consiguiente será posible á quien quiera tomar á su vecino todo lo que le parecerá útil ó simplemente deseable. Acostumbrados á ver proteger bienes y personas por la violencia, los hombres imaginan que si la violencia faltara, estallaría un continuo desorden y se iniciaría una lucha incesante de todos contra todos.

No repetiré lo que he dicho más arriba. Estoy convencido de que la protección de la propiedad por la violencia, en vez de disminuir, aumenta el desorden, pero

hasta admitiendo que si falta un día esta protección estallarán graves desórdenes, ¿qué han de hacer los hombres que han descubierto la verdadera causa de sus desdichas?

¿Si padecemos alcoholismo, podemos esperar mejorar nuestro estado, persistiendo en beber, aunque tratemos de corregir los efectos del alcohol con pociones que nos prescriban los médicos con anti-parras? Igual sucede con las sociedades enfermas. Desde el momento que el mal estar que padecemos hoy es producido por la violencia ejercida por ciertos hombres contra otros hombres, no podremos mejorar nuestro estado si continuamos sosteniendo la violencia de los gobiernos, ó si la reemplazamos por la violencia de los socialistas revolucionarios. Podíamos tener ilusiones acerca de ese punto cuando la verdadera causa de la desdicha de

los hombres nos era desconocida. Pero hoy sabemos que nuestra sociedad padece por la violencia, y no trataremos de curarla sosteniendo la violencia en una u otra forma. Para el alcohólico no hay más que una salvación: abstenerse de beber vino, es decir, suprimir la causa de su enfermedad; para nosotros, que queremos acabar con una mala organización social, no hay más que un remedio, abstenerse de practicar la violencia, causa de nuestras desdichas, renunciar á la violencia personal, á la enseñanza sistemática de la violencia, á toda justificación de la violencia.

Poco importa que para la liberación de los hombres, no tengamos sino este único medio. Debemos emplearlo porque está conforme con la ley moral que habla dentro de cada uno de nosotros. Sabemos que si se quieren proteger las propieda-

des y las personas por la violencia, se deberá matar ó amenazar de muerte. No podemos, pues, gozar como en lo pasado, con completa tranquilidad de conciencia, de una propiedad que es el fruto del asesinato ó de amenazas de asesinato.

Con mayor razón todavía, nos está prohibido tomar parte en estos asesinatos ó en estas amenazas. Así lo pide el bien de la humanidad y esto es lo que exige el sentimiento moral que alienta en cada uno de nosotros. Ningún hombre puede, pues, dudar que para el bien de todos, así como para el cumplimiento de su ley particular, debe renunciar á la violencia, á la justificación de la violencia, á la explotación de la violencia.

EIN

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MEXICO

CASA EDITORIAL MAUCCI

Obras de Guy de Maupassant

El Buen Mozo.

Berta.

La Criada de la Granja.

La Señorita Perla.

Bajo el Sol de Africa.

El Testamento.

La Loca.

El Abandonado.

Miss Harriet.

El Suicidio del Cura.

Inútil Belleza.

Cada tomo, 1 peseta

Obras de Enrique Sienkiewicz

Quo vadis?	2 tomos.
A sangre y fuego	2 »
El diluvio	2 »
Pan Miguel Volodyovski	2 »
La familia Polaniecki	2 »
Los Cruzados.	2 »
Más allá del misterio	1 »
Luchar en vano	1 »
¡Sigámosle!	1 »
En busca de felicidad	1 »
Hania	1 »
Liliana	1 »

Obras de Carlota M. Braemé

Dora	1 tomo.
Azucena.	1 »
Una lucha de amor	1 »
Corazón de oro	1 »
Su único pecado	1 »
En su mañana de bodas.	1 »
Invencible amor	1 »
La condesa de Cradoc	1 »

Cada tomo, encuadernado en rústica. 1 Ptas.
En tela, con planchas doradas. . . 1'50 »

P
.S
E
18